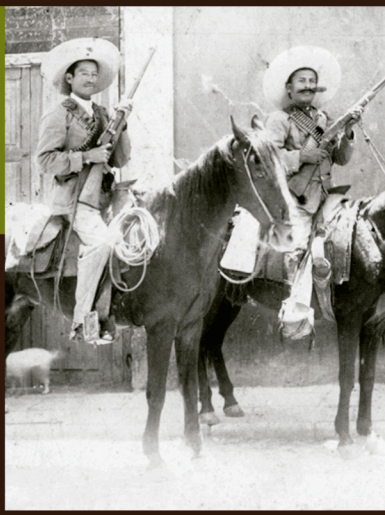
Colección
BiCentenario

Serapio López

Memorias íntimas de un líder agrarista



Nota introductoria
de Raúl Arroyo

HIDALGO
En el nombre llevamos la Independencia
BICENTENARIO
2010

Serapio López Barrios –precisa Raúl Arroyo en su "Nota introductoria", que abre este libro y permite ubicar al General López en su contexto– es un personaje como tantos otros de nuestra micro historia política y social, desdibujado en la bruma del tiempo al igual que muchos actores políticos del pasado. No obstante, año con año se le recuerda allá, en su lugar natal, Atotonilco el Grande, por la oriundez y como fundador del primer ejido surgido de la posrevolución, aun cuando su legado ya no sea valorado por las nuevas generaciones, a quienes su nombre poco –o nada– les dice; ni se le ubique en una justa dimensión en la historiografía local, ni su imagen se incluya en los discursos oficiales de las organizaciones campesinas que contribuyó a constituir para la auténtica defensa de los hombres del campo. Todo lo cual volvía necesaria la publicación de estas *Memorias íntimas*, como homenaje y revaloración del *General frijoles* –así llamado por su actividad comercial de venta de granos y semillas–, quien tuvo una participación activa en varios momentos de las etapas constitucionalista y posrevolucionaria del movimiento armado iniciado en 1910, principalmente en cuanto al reparto de la tierra entre las comunidades campesinas de su región.

ISBN-13: 978-607-7866-16-9

9 786077 866169

HIDALGO
GOBIERNO DEL ESTADO

Serapio López

Memorias íntimas de un líder agrarista

Nota introductoria
de Raúl Arroyo

COLECCIÓN BICENTENARIO
22

Colección BiCentenario

Publicada por la Comisión Especial Interinstitucional
para conmemorar el Bicentenario de la Independencia Nacional
y el Centenario de la Revolución Mexicana de 1910
En el nombre llevamos la Independencia

Presidente Honorario
Lic. Miguel Ángel Osorio Chong
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

Presidente Ejecutivo
Lic. Juan Manuel Menes Llaguno
Secretaria Técnica
Dra. Rocío Ruiz de la Barrera

Director de la colección
Rubén Jiménez Ricárdez

DR © 2010, Gobierno del Estado de Hidalgo

Primera edición: 2010

ISBN: 978-607-7866-00-8 (Obra completa)
ISBN: 978-607-7866-16-9

Servicios de Comunicación Empresarial, S.A. de C.V.
Industria 210-A, Col. Centro
Matías Romero, Oaxaca, C.P. 70300

Imagen de portada: Serapio López y Agapito Espitia, en 1924.

Miguel Ángel Osorio Chong
Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

Mensaje del gobernador

Para los hidalguenses es altamente significativa la oportunidad de conmemorar, en 2010, dos de los más importantes acontecimientos de nuestra historia, en primer término la proclamación de la Independencia con la que el Padre de la Patria, Don Miguel Hidalgo y Costilla, inició la gesta independentista que once años y once días después nos permitió ser una nación libre y soberana, y en segundo término será un verdadero privilegio recordar que el 20 de noviembre de 1910 dio inicio el primer movimiento social del siglo XX en el mundo, la Revolución Mexicana, mediante el cual se establecieron las bases de nuestra vida democrática y el marco legal que sustenta nuestro Estado de derecho.

Como consecuencia de ambos hechos, la nación alcanzó dos importantes logros: en 1810 la soberanía nacional y en 1910 la soberanía popular, valores que nos identifican y singularizan como país.

El Estado de Hidalgo nace a la vida del pacto federal en medio de ambos acontecimientos y como producto indiscutible de la Reforma juarista, considerada como la segunda Independencia Nacional; de modo que el 16 de enero de 1869, fecha de promulgación del decreto que erigió al Estado de Hidalgo, se convierte en el vértice que nos une, por un lado, con la lucha insurgente de 1810, ensalzando la imagen del Padre de la Patria, de quien esta entidad lleva orgullosa su nombre, y, por el otro, con la Revolución Mexicana, epopeya de nuestra historia que estableció las bases de la modernidad con la que México se desarrolló plenamente en el siglo XX y generó las instituciones con las que enfrenta los retos del siglo XXI.

En este orden de ideas, el año 2010 nos convoca a renovar el orgullo de ser mexicanos y de ser hidalguenses, para lo cual es estrictamente indispensable recuperar nuestro pasado, para entender nuestro presente y trazar el futuro que todos anhelamos; es un ejercicio en el que los tiempos se conjugan y los espacios se complementan para asumirnos en el contexto de la nación.

En tal virtud el Gobierno del Estado, a través de la Comisión para conmemorar las fiestas de 2010, dedica esta tercera entrega de la Biblioteca Bicentenario al rescate de los más importantes textos de nuestra historia regional, así como otros surgidos de investigadores contemporáneos, que coadyuvan a rescatar nuestro rico pasado; con ellos pretendemos reconocer el sacrificio de personajes como Julián y su hijo José Francisco el "Chito" Villagrán, los hermanos Anaya, José Mariano, Francisco y Cayetano; los sacerdotes José Manuel Correa y José Antonio Magos, a los que se suman José Francisco Osorno, Mariano Aldama, Pedro Espinosa, Vicente Beristaín y Souza, Miguel Montaño, Jacinto Solares y Pedro Vizuet, personajes que abarcan todas las regiones de la hoy entidad hidalguense que lucharon en el movimiento insurgente. También se agregan las imágenes de Ramón M. Rosales, Francisco Castrejón, Jesús Silva, Francisco de P. Mariel, Daniel Cerecedo Estrada, los hermanos Antonio y Amado Azuara, Nicolás Flores y desde luego el gran estratega Felipe Ángeles Ramírez, cuya actuación fue determinante en la Revolución Mexicana.

Rescatar los *Anales* de Teodomiro Manzano, el extenso *Diccionario biográfico hidalguense* que escribiera Abraham Pérez López e integrar a la bibliografía estatal trabajos de investigadores contemporáneos sobre el Estado, así como antologías y monografías municipales, es la misión de esta última entrega de la Biblioteca Bicentenario Hidalgo, esfuerzo que no encuentra precedente en la historia de nuestra entidad.

La historia, más allá del mero conocimiento del pasado, es herramienta indispensable para definir a las sociedades presentes, México y en particular Hidalgo, son producto de las profundas transforma-

ciones del país, por ello ahondar en el valor de los hechos y personas que nos han antecedido, es de algún modo fomentar nuestro patriotismo y acrecentar la unidad nacional, conscientes del inmenso legado del que la nación está dotada para enfrentar los grandes retos del presente y encarar de manera determinante los que deberemos vencer en el futuro.

Así nos aprestamos a conmemorar estas fechas en 2010, convencidos de que en Hidalgo, en el nombre llevamos la Independencia.

MIGUEL ÁNGEL OSORIO CHONG
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL
DEL ESTADO DE HIDALGO

Nota introductoria

Raúl Arroyo

Quizá lo que menos imaginó Serapio López durante su corta vida fue la existencia de un monumento que lo inmortalizara en Cerro Colorado, la tierra de su nacencia. Los auténticos luchadores sociales, como él, poco o nada se detienen a pensar en el reconocimiento perpetuo. Esas deferencias no caben en su naturaleza de servicio a los demás. Sus convicciones ideológicas y compromisos públicos no quedan supeditados al reconocimiento en la posteridad. Es su distinción frente al protagonismo de quienes, antes de servir o al tiempo de hacerlo, procuran la promoción en los medios y el homenaje de las instituciones.

Es probable que el rústico bloque rematado con su busto tampoco existiera si la muerte no le hubiera llegado de manera trágica. La memoria colectiva es usualmente flaca para recordar la obra humana; salvo cuando el fin del personaje queda manchado de sangre. Alcanzar la calidad de mártir, o cuando menos de víctima, abre más posibilidades a la exaltación –a veces exagerada por los ánimos dolientes–, y propicia la trascendencia.

Sí es una verdadera paradoja en la historia póstuma de Serapio López que en la inauguración del monolito que lo inmortalizaría, y que reconoció para la posteridad la lucha que emprendió por la reivindicación de los suyos, los campesinos hidalguenses de Atotonilco el Grande estuvieran junto al entonces Gobernador interino del Estado, Donaciano Serna Leal, compartiendo el modesto presídium con un Rafael Cravioto, bisnieto de aquel Gobernador del mismo nombre a quien, en sus *Memorias íntimas*, el revolucionario atribuye

tantos abusos de poder al amparo de la dictadura porfirista. Son las jugarretas de la historia.

Tampoco sabremos qué recuerdos cruzaron por la mente del entonces Presidente Municipal de Pachuca, Rafael Cravioto Muñoz, llevado a presenciar –avatares de la política– ese homenaje al agrarista que había logrado el reparto de la antigua hacienda del Zoquital, propiedad que fue de su poderoso antepasado, el valiente General republicano, el juarista, el Gobernador porfiriano, el jefe de la dinastía; refugio de su padre, donde él mismo pasó los años de la niñez en plena época del reparto que redujo la inmensa propiedad de 25 852 hectáreas,[1] al casco señorial y unas cuantas hectáreas, abandonadas por su mala calidad y el ningún interés que tiene ya en ellas la familia de don Pompeyo, su último dueño, según narra en sus *Memorias de un adolescente*,[2] donde también recuerda al Zoquital "antes calumniada como un lugar de oprobio y comparada malévolamente por nuestros enemigos como el *Valle Nacional de los Cravioto*".[3]

Serapio López Barrios es un personaje como tantos otros de nuestra micro historia política y social, desdibujado en la bruma del tiempo al igual que muchos actores políticos del pasado. No obstante, año con año se le recuerda allá, en su lugar natal, por la oriundez y como fundador del primer ejido surgido de la posrevolución, aun cuando su legado ya no sea valorado por las nuevas generaciones, a quienes su nombre poco –o nada– les dice; ni se le ubique en una justa dimensión en la historiografía local, ni su imagen se incluya en los discursos oficiales de las organizaciones campesinas que contribuyó a constituir para la auténtica defensa de los hombres del campo.

El *General frijoles* –así llamado por su actividad comercial de venta de granos y semillas en el Mercado Libertad, antecedente del "Primero de Mayo", según ha precisado Juan Manuel Menes Llaguno– tuvo una participación activa en varios momentos de las etapas constitucionalista y posrevolucionaria del movimiento armado iniciado en 1910, principalmente en cuanto al reparto de la tierra entre las comunidades campesinas de su región, sosteniendo como bande-

ra el reclamo contra los abusos del régimen porfirista encarnado en el Gobernador Rafael Cravioto, como lo refiere Luis Rublúo en su *Historia de la Revolución Mexicana en el Estado de Hidalgo*.[4]

Citado por Abraham Pérez López en su *Diccionario biográfico hidalguense*;[5] en el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*;[6] y por investigadores como Javier Hernández Mogica en *Organización campesina y lucha agraria en el Estado de Hidalgo*,[7] entre otros, su influencia determinante en el movimiento agrarista y la actividad política que desplegó no han sido particularmente estudiadas; tampoco se le ha valorado por sus esfuerzos frente al poder, como el adelantado defensor de los derechos humanos que fue, cuando el tema era inexistente en nuestro país.

El General Frijoles

Como él mismo lo cuenta en el primer capítulo de sus memorias, Serapio López Barrios nació a las nueve de la mañana del domingo 3 de septiembre de 1888 en San Nicolás Ayotengo, Municipio de Atotonilco el Grande, del matrimonio formado por Evaristo López y María Candelaria Barrios. Desde joven, igual que otros muchos lugareños de la comarca, sirvió de peón en la Hacienda del Zoquital, propiedad del Gobernador del Estado General Rafael Cravioto, con un sueldo de seis centavos por doce horas de trabajo, según su propia afirmación.

De acuerdo con sus biógrafos, el joven Serapio se trasladó a Pachuca en busca de mejores oportunidades, estableciéndose en el Barrio de la Cruz de los Ciegos y, posteriormente, en el Mercado de Barreteros, donde expendía verduras y semillas.[8] Luego, animado por la expedición de las leyes de 1915, decidió asumir la defensa de sus coterráneos y se involucró en el movimiento agrarista, organizándolos para el reclamo de sus derechos frente al latifundio del Zoquital, propiedad para entonces heredada y administrada por don Pompeyo Cravioto, hijo del General don Rafael fallecido en 1903.

Srita. Juana Pérez Ortiz, (3a de izq. a der.), ca. 1910, antes de su matrimonio con Serapio López.

El 26 de marzo de 1915, a los veintisiete años, contrajo matrimonio en Pachuca con la señorita Juana Pérez Ortiz, de treinta años, hija de Francisco Pérez Salinas y Ma. de Jesús Ortiz.[9] De su matrimonio procreó a su única hija, María Candelaria, luego conocida en la familia como Cándida, igual que su abuela paterna, o "la Chata", nacida el 30 de julio de 1916 en su domicilio de la 4ª calle de Ocampo, número 25, de la misma ciudad capital.[10] Analfabeto que era, su preocupación familiar más grande fue la educación de la niña:

> …no espero más que bendiciones de ti y mi hijita quien procurarás que no falte ni un día vaya al colegio, de esa manera la haremos feliz por ser el único dote a que podemos dejar a nuestros hijos porque viene siendo más efectivo que el dinero; yo por aquí en México me encuentro con entera salud, pero siempre pensando en mi hijita que

quizás por algún abandono tuyo no la mandes al colegio que es lo primero que debemos procurar que nuestra hijita pierda el tiempo en principio de la enseñanza que más tarde sea su porvenir de la vida.[11]

Srita. María Candelaria López Pérez, La Chata. 1936.

De sus acciones por la reivindicación de los campesinos que defendió dan testimonio los juicios penales que se siguieron en el juzgado de Atotonilco entre 1918 y 1922 por las denuncias presentadas por los hijos del ex Gobernador, Pompeyo y Alberto Cravioto, por los delitos de robo de aguamiel, plagio, allanamiento de morada y homicidio frustrado, incendio y destrucción de propiedad ajena, robo de maíz y ultrajes a funcionarios públicos; así como del Juicio de Amparo 44/1922 promovido en su nombre por su esposa y por el cual se le concedió la protección de la justicia federal en el juzgado de Distrito del Estado de Hidalgo, en el mes de abril de ese año 1922,[12] a efecto de que en el auto de formal prisión dictado por el juez de primera instancia en las causas acumuladas, se expresaran todos los requisitos establecidos en el artículo diecinueve constitucional.

Su trayectoria en el movimiento agrarista está trazada con varias referencias de la consolidación de su liderazgo como Procurador Común, Presidente del Patronato de la Raza Indígena y representante de los pueblos de Atotonilco el Grande para el reparto del Zoquital, propiedad de la que se desprendieron 1 624 hectáreas para la dotación al pueblo de Ayotengo, conformado con las rancherías de Xathé y Cerro Colorado.[13]

En 1920, cuando es desconocido el gobierno federal, según constancia expedida por el Gobernador Nicolás Flores,[14] Serapio López tomó las armas como jefe principal de las fuerzas voluntarias, en contra del Presidente Venustiano Carranza, "para la defensa de los derechos cívicos conculcados por el mismo en su carácter de Presidente de la República Mexicana".

Comida durante la campaña electoral del Dr. Cutberto Hidalgo, en Tula. A la derecha Serapio López, 1921.

Campaña electoral del Dr. Cutberto Hidalgo (sentado al centro). Al centro, de pie, Serapio López, 1921.

Partidario del doctor Cutberto Hidalgo,[15] apoyó activamente su candidatura al Gobierno del Estado, a contracorriente del candidato oficialista Amado Azuara, quien finalmente fue electo Gobernador para el periodo 1921-1924, lo que naturalmente le generó fricciones a Serapio López con el grupo en el poder, que frenaron su activismo y radicalizaron sus acciones a favor de los campesinos.[16] Pese a ello, su combativa participación en el movimiento agrarista lo llevó a ser elegido el primer Presidente de la Liga de Comunidades Agrarias, organización fundada el 15 de diciembre de 1922.[17]

Asamblea agrarista.
Al centro y de barba
el General Serapio
López, ca. 1920

Delegados a la quinta
convención de la
Confederación Regional
Obrera Mexicana,
Guadalajara 1923.
Al centro, de pie, Serapio
López, delegado agrarista
del Estado de Hidalgo.

A finales de 1923, don Adolfo de la Huerta se levantó en armas contra sus antiguos aliados del triángulo sonorense, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, al no ser favorecido con la candidatura a la

Presidencia de la República decidida por el primero a favor del segundo. En Hidalgo la rebelión fue encabezada por el ex Gobernador del Estado, General Nicolás Flores, quien se declaró Gobernador provisional en Actopan el primer día del año 1924, con el lema "Sufragio Efectivo. No imposición".[18] El día diez, encabezando a los levantados, el General Marcial Cavazos, entonces Jefe de las Operaciones Militares en Hidalgo, atacó a la ciudad de Pachuca custodiada por los agraristas, entre ellos Serapio López, quien, no obstante su afecto por el General Flores, se había mantenido leal al Caudillo. En sus *Anales del Estado de Hidalgo*, don Teodomiro Manzano registró así los acontecimientos:

> Enero 10. Jueves. A las cinco horas y veinte minutos de la mañana se oyen algunos tiros. Las fuerzas revolucionarias al mando de los generales Marcial Cavazos, Nicolás Flores y Otilio Villegas emprenden un formidable ataque sobre la plaza de Pachuca. Los rebeldes se apoderan de varios lugares. El combate fue más rudo entre las siete y las diez de la mañana. El primer punto atacado fue el cuartel de Barreteros en la calle de Guerrero. La fuerza que allí había se rindió. Pasaron los rebeldes a atacar el Palacio de Gobierno y enseguida la Escuela Técnica de Obreros y el contiguo Mesón de la Veracruz, donde estaba el cuartel general de algunas fuerzas agraristas mandadas por el General Serapio López. El ataque fue reñido hasta que quedó en poder de los rebeldes el punto defendido, habiendo hecho prisionero al mismo General López que fue fusilado poco después en la calle de Salazar, frente al Hospital de la Compañía de Minas de Real del Monte y Pachuca.
>
> A las cinco de la tarde una formidable explosión conmovió a la ciudad. Una bomba de dinamita colocada en el templo de San Francisco donde estaban defendiéndose los generales Antonio Azuara, Gobernador del Estado, Víctor Monter, General Benito García, jefe de la plaza, y algunos otros, hizo explosión, destruyendo una parte del templo. Serios perjuicios sufrió el ex convento. La puerta fue totalmente

destruida lo mismo que el órgano, el escudo que estaba en el frontispicio de la iglesia desapareció, una de las más grandes campanas vino a tierra, el Santo Patrón fue lanzado a una gran distancia del lugar donde estaba, quedando decapitado. Una torre cayó y la bóveda quedó con grandes cuarteaduras. Se teme que se derrumbe.

El General Monter murió a consecuencia de un balazo que recibió al pasar de una torre a otra. En el combate hubo más de treinta muertos y como cien heridos que han sido llevados al Hospital Civil y a los de las compañías mineras. Pasados los primeros momentos del combate comenzaron a salir los vecinos, constituyendo para algunos un verdadero paseo para presenciar la lucha. Entre los curiosos sólo hubo un herido que se acercó mucho a la línea de fuego.[19]

Benito H. Calva, otro líder del reparto agrario en el Estado, narró los hechos que le costaron la vida a su correligionario en una constancia expedida dos días después de los trágicos acontecimientos, "por haberlo visto y encontrarse al lado del ciudadano Serapio López, […] hecho prisionero por las fuerzas del infidente delahuertista Marcial Cavazos, el día diez de enero de mil novecientos veinticuatro":

El extinto ex Presidente de la liga Serapio López estuvo en el cuartel de "La Potencia"[20] defendiendo con toda la energía de él y sus soldados los asaltos que las fuerzas rebeldes cometían para apoderarse de la plaza de esta ciudad, estos valerosos hombres estuvieron defendiendo desde las seis y media hasta las ocho y tres cuartos de la mañana, lo que acabados los elementos de combate y faltos de parque, pudieron los delahuertistas introducirse a la casa del conocido hacendado José de Landero Jr. La aprehensión del citado Serapio la hizo un Teniente ofreciéndole toda clase de garantías si ordenaba a sus acompañantes se rindieran, no así en las calles de Salazar dijeron a Serapio López "que viva De la Huerta", y contesta "que viva Calles", entonces una descarga de fusilería sobre Serapio López y el sargento Leonardo Moedano; una

vez consumado el asesinato los despojaron de cuanto en su cuerpo los cubría, dirigiéndose al inmediato a la casa de éste y saquearon cuanto pudieron, dejando a su familia en la más apremiante necesidad.[21]

En el acta de defunción número 88, del 11 de enero de 1924, el Presidente Municipal de Pachuca, Manuel Martiarena, quien la signó, señala:

> …se recibió un oficio del Juzgado de Distrito en el Estado fechado hoy, que en lo conducente dice: "Por oficio de número 72 de esta fecha el C. Presidente Municipal de esta misma Ciudad me consigna el caso de las muertes habidas ayer en esta Ciudad, con motivo del combate librado entre Fuerzas del Gobierno y Fuerzas Rebeldes. Entre esos cadáveres figura el del señor Serapio López que según informe del señor Fortino Meneses, cayó en el callejón de Salazar pero se encuentra ya en la casa de la señora Juana Pérez de López esposa del occiso. La muerte acaeció como consecuencia de lesiones por arma de fuego y he de merecer a usted se sirva mandarle dar sepultura, bajo el concepto de que su nombre es el que queda indicado, era originario de la Ranchería del Xhate, Municipio de Atotonilco el Grande, de este Distrito, casado de 40 años de edad, agricultor y vecino de esta Ciudad, en la misma casa donde se encuentra tendido.[22]

El cadáver fue inhumado en la fosa 18 del cuartel 2º Lote uno, de la primera clase, ese mismo día. Meses después de ser sacrificado e incendiados su casa y su negocio, la viuda solicitó a la Comisión Nacional Agraria un subsidio de tres mil pesos en tanto se autorizaba una pensión. La petición fue negada;[23] sólo obtuvo la promesa de una posible ayuda. Quien sí autorizó la pensión fue el Gobernador Matías Rodríguez, misma que fue proporcionada igualmente por los gobiernos posteriores.[24]

En Hidalgo la aventura delahuertista, que cobró la vida de Serapio López, terminó cuatro meses después con la exposición del cadá-

ver de Marcial Cavazos en el pórtico del teatro Bartolomé de Medina, el 22 de abril de 1924.[25]

Por la sencillez de su expresión, la mejor descripción biográfica de Serapio López la plasmó Leopoldo García en un emotivo discurso pronunciado el 10 de enero de 1930 en la conmemoración del aniversario fúnebre del asesinado General López, convocada por el Gobernador Bartolomé Vargas Lugo en el Panteón Municipal:

> Labriego humilde, desheredado de la fortuna, que supo del trabajo del esclavo en las haciendas; que sintió sus espaldas cruzadas por el látigo restallante y que comió el pan escaso y amargo del peón del campo, algún día sintió en su alma arder todas las rebeldías de la clase esclavizada, y escapó a la ciudad en busca de otro ambiente y ansioso de un poco de libertad.
>
> Su silueta es fácil de reproducir en el centro de la Comisión Local Agraria rodeado de campesinos que hablaban, reclamaban y demandaban por su boca. El líder que no sabía leer, repetía por su orden, sin equivocaciones, los artículos de la Ley Agraria, y con ellos argüía con lógica admirable; la tramitación le era familiar, y de los asuntos que le eran encomendados conocía perfectamente el estado de su tramitación, no sólo en la Local Agraria, sino en la Comisión Nacional Agraria de la capital de la República, en donde era perfectamente conocido y estimado. Y sin que haya exageración alguna, puede decirse que aún dominó la cuestión del Amparo en la materia, tanto en el Juzgado de Distrito, en el que era un estimable asesor de los procuradores de pueblos, como en la Suprema Corte de Justicia, hasta donde llegaba frecuentemente a demandar justicia para los desvalidos campesinos.
>
> ¿Qué quedó a Serapio López de tanto afán y tanto trabajo? Una viuda que ha sido necesario pensionar por el Estado, para que no perezca en la miseria; una hijita que quedó en la mayor de las indigencias, pues el patrimonio de una humilde casa construida en épocas pretéritas a fuerza de privaciones y de trabajo, cayó bajo la usura, transformándose en unos cuantos centavos que sirvieron para ayudar

a varios pueblos a gestionar la restitución o dotación de las tierras a las que tenían innegable derecho. Y tanto pueblo beneficiado, y tanto agrarista ayudado, después de conquistadas las tierras, cuando a las casas entraba el pan, la familia de Serapio López asesinado por agrarista, perdió su casa, y la viuda emprendía la conquista del pan para su hija huérfana y para la familia del líder asesinado, en rudas faenas y en inquietudes perpetuas.

Las burlas insensatas; los motes sangrientos con que fue herido en vida el héroe agrarista, acabarán por secarse como baba pestilente y desaparecer sobre la tierra; en cambio, la obra redentora del humilde labriego convertido en revolucionario sincero y leal, perdurará…[26]

A decir del investigador de la organización y lucha campesinas hidalguenses, al General Serapio López, su activismo político y la lucha emprendida contra los latifundistas lo colocan como uno de los líderes agrarios que más huella dejó en el espíritu inquieto de los campesinos hidalguenses.[27]

Juana Pérez viuda de López, ca. 1940.

Años después doña Juana Pérez se dirigió a la Liga de Comunidades Agrarias del Estado en solicitud de un monumento para la tumba de su marido. La ambigua respuesta del secretario general, Diputado Juan Cruz Oropeza, fue "con todo gusto se le erigirá un monumento tan pronto como sea posible hacerlo".[28] Otra distinta, a petición similar, fue la del Gobernador Bartolomé Vargas Lugo, quien a través de su secretario particular, Vicente B. Flores, le comunicó el acuerdo de "proceder desde luego a la erección del monumento en el panteón municipal, […] para lo cual ya se encomendó el asunto al señor Ing. Velázquez."[29] Pero el resultado fue el mismo: el monumento nunca se construyó.

Juana Pérez viuda de López y su hija María Candelaria López Pérez, retratadas frente a la tumba del General Serapio López. Panteón Municipal de Pachuca, 1926.

En julio de 1933, con el apoyo del Diputado local por Metzquititlán a la XXXII Legislatura, Napoleón Pérez Chávez, la señora viuda de López tramitó y obtuvo del Presidente Municipal de Pachuca la autorización para exhumar los restos de su extinto cónyuge[30] y depositarlos en su actual morada, donde ella reposa después de fallecida el 7 de abril de 1950, e igualmente descansa la hija de ambos, cuya muerte acaeció el 27 de enero de 1975.

Sería hasta 1971, el 17 de agosto, cuando se develó el merecido monumento a Serapio López en su lugar natal. El periodista Aurelio

Montealegre reseñó así la ceremonia al día siguiente en algún diario de la Ciudad de México:

> Al conmemorarse el 50º. Aniversario de la creación del primer ejido hidalguense en la ranchería de Cerro Colorado, municipio de Atotonilco el Grande, se efectuó una ceremonia de homenaje al iniciador del movimiento agrario en la entidad General Serapio López Barrios, presidida por el Gobernador Donaciano Serna Leal. Acompañaron al Gobernador los dirigentes de la Liga de Comunidades Agrarias, el presidente de la Comisión Permanente del Congreso Local, descendientes del extinto General y funcionarios estatales, federales y municipales.
>
> Se descubrió un busto y placa conmemorativa del general López Barrios y hablaron el profesor Cirilo Ascencio y licenciado Samuel Rico y Córdova, quienes exaltaron la figura del militar.
>
> Por su parte el jefe del ejecutivo local en su intervención se refirió a la gratitud de los campesinos hacia el hombre que luchó por su emancipación e independencia económica. Lo puso de ejemplo para los niños y jóvenes de hoy.[31]

Inauguración del monumento al General Serapio López en Cerro Colorado, Atotonilco el Grande, 1971.

Inauguración del monumento al General Serapio López en Cerro Colorado, Atotonilco el Grande, 1971.

También presentes en ese acto estuvieron, acompañando al Gobernador Serna Leal, los diputados locales Jorge Duarte Córdova y María Luisa Cerecedo de Busto; Darío Pérez González, Diputado federal; el Presidente Municipal de Atotonilco el Grande, Salvador Ballesteros López, Antonio Hernández García, líder de la Liga de Comunidades Agrarias, y el profesor Domitilo Austria militante de esa organización; su hija Candelaria y su yerno Luis Barrón.

Otro homenaje: Liboria Torres Lozada, hidalguense oriunda también de Cerro Colorado, dedicó a su coetáneo el siguiente poema, publicado en el libro *Sentimientos y expresiones hechos poesía:*

GENERAL SERAPIO LÓPEZ BARRIOS

Gloria para aquellos valientes,
que dieron la vida por defender sus ideales
para dejarnos un futuro diferente
sin racismo, ni clases sociales.
Nació en peñasco, vivió entre nopales
sus padres fueron de origen humilde,
pero él venció todas las adversidades
naciendo así un hombre rebelde.
Rebelde sí, ante las injusticias
de hombres, como Cravioto, y Marcial Cavazos

que valiéndose de malas argucias,
explotan al indio, pisoteando sus derechos.
López Barrios, el gran caudillo
que surge del pueblo, a defender su gente,
cansado de los abusos y humillaciones
en contra del trabajador, por el cruel terrateniente.
Carranza reconoció su valor y lealtad
su lucha incansable en pro del campesinado
y lleno de orgullo lo nombra general
por ser un hombre trabajador y honrado.
General frijolitos cariñosamente te llamaban,
aunque no sabías leer ni escribir
aprendiste cómo el fusil se disparaba
y en la batalla fuiste el primero en sobresalir.
Y te uniste a las fuerzas de Zapata
luchando siempre por el mismo ideal,
la tierra es de quien la trabaja;
fue su grito de guerra hasta el final.
Nunca tuviste miedo a la muerte,
te enfrentaste a las balas sin titubear
y cara a cara, sin detenerte,
nunca te pudieron alcanzar.
López Barrios, eres ejemplo a seguir,
metido en la bola fuiste un valiente
siempre peleando a vencer o morir,
todo lo diste en aras de tu gente.
Cerro Colorado le rinde homenaje
al gran caudillo revolucionario,
que surgió del pueblo lleno de coraje
para conseguir al indio su derecho agrario.
Y López Barrios inicia una guerra
en contra del cacique y gran feudal,
logrando dar al campesino una tierra

que le permitiera vivir con dignidad.
Contra Cravioto, el gran terrateniente
que tenía en sus manos la hacienda del Zoquital,
al peón humilla explotando injustamente,
dando por su trabajo un mismo jornal.
Marcial Cavazos, un traidor y cobarde
que por la espalda tu vida cegó;
en las calles de Salazar una trampa te tiende,
de esa manera una limpia trayectoria terminó.
Vuela, palomita, vuela, sigue siempre adelante,
no permitas que tu vuelo se pueda interrumpir,
lleva mi tristeza al rincón del Xathe,
avisa con tu canto que mi general acaba de morir.[32]

Serapio López quedó en la conciencia popular hidalguense y sin duda el episodio más difundido sobre su vida fue, irónicamente, el de su muerte, propagado en Pachuca por algunos medios periodísticos pero sobre todo a través de la conseja popular, que dramatizó aquel hecho hasta convertirlo en uno de los capítulos de mayor interés en la historia regional de la capital hidalguense.

Juan Manuel Menes Llaguno se ocupa de ese hecho en su libro *Crónicas y leyendas de la muy noble y leal ciudad de nuestra Señora de la Asunción y Real de Minas de Pachuca*, al que dedica todo un capítulo. Dejemos aquí la palabra al Cronista hidalguense:

"*LA MUERTE DEL GENERAL FRIJOLES*

Muchos son los héroes populares surgidos durante nuestro movimiento social de 1910, que levantados de humilde cuna, escalaron las más altas cimas de la popularidad, unos alcanzaron fama nacional, otros, los más, lo hicieren solo a nivel regional. En este último caso se encuentra Serapio López Barrios, mejor conocido como el 'General Frijoles',

cuya figura fue ampliamente conocida y respetada en Pachuca y sus alrededores.

Nació este singular personaje de nuestra historia el 3 de septiembre de 1888 en el poblado de San Nicolás Xathé, Municipio de Atotonilco el Grande, Hidalgo, sus padres trabajaban entonces en la Hacienda de San Nicolás, alias El Zoquital, propiedad del general Rafael Cravioto, donde Serapio, pasó su niñez realizando labores de campo.

Al morir sus progenitores, decidió abandonar El Zoquital y se dirigió a Pachuca, donde se dedicó al comercio, primero como empleado de un tendajón de semillas y más tarde, por su cuenta, en un pequeño estanquillo en el barrio de La Cruz de los Ciegos, de donde paso a ocupar un local en el antiguo mercado Libertad, que se ubicara donde actualmente se encuentra el Mercado Primero de Mayo, allí fue donde logró amasar una pequeña fortuna con la venta de maíz, fríjol, arroz y otras semillas debido a lo cual se le conocería más tarde, al lanzarse a la Revolución, como 'EL GENERAL FRIJOLES'.

Plaza General Anaya, donde se encontraba el cuartel de los agraristas que comandaba el General "Frijoles" (ubicado detrás de lo que hoy es el colegio Francisco de Siles).

Durante estos años aprendió a leer y a escribir, convirtiéndose en poco tiempo en líder de los locatarios del mercado. En 1915, se lanzó al movimiento revolucionario regresando a su poblado de origen, donde conformó un pequeño ejército acrecentado poco a poco con campesinos de las zonas de Metztitlán, San Agustín Metzquititlán, Huasca, Omitlán y Real del Monte, con el que apoyó al grupo constitucionalista. Al triunfo de Carranza, se le reconoció el grado de General (en retiro) y se dedicó

entonces a tramitar dotaciones de tierras a campesinos hidalguenses, con lo que aumentó su fama.

Al estallar la Revolución Delahuertista, que en Hidalgo tuvo amplia resonancia debido al levantamiento de Marcial Cavazos, el General Serapio López volvió a constituir un pequeño ejército de campesinos al que se conoció como 'Los Agraristas' cuyos efectivos se presentaron al jefe de las operaciones de Pachuca con objeto de defender la plaza de los ataques rebeldes.

El 10 de enero de 1924, durante la toma de la capital del Estado, por Cavazos, el General Frijoles se encontraba parapetado en el Viejo Mesón de la Veracruz, contiguo a la casa del acaudalado señor Francisco Landero y Cos, por ese entonces ocupada como sede de la Compañía de Transmisión Eléctrica de Potencia de Pachuca, que fue atacado por los rebeldes en la madrugada de ese día. Después de resistir los cruentos embates de los Cavacistas, por cerca de cuatro horas sin que llegaran refuerzos en su ayuda, las fuerzas Agraristas de Serapio López, fueron vencidas y tomado prisionero nuestro héroe, en unión de su asistente el sargento Leonardo Moedano.*

Sobre las doce del medio día, dice un testigo presencial, un pelotón de soldados rebeldes sacó al General Frijoles y a su asistente del Mesón de la Veracruz, para llevarlo al Cuartel de Barreteros donde se encontraba Marcial Cavazos. Los vecinos, continúa diciendo el testigo, se arremolinaban a lo largo de las calles por las que eran conducidos los rehenes,

* El Mesón de la Veracruz y la Compañía de Transmisión Eléctrica y de Potencia, fueron en su conjunto la Capilla de la Veracruz, de la que se tienen noticias desde finales del siglo XVI. Fue reconstruida en 1728 por don Tiburcio Voest Villalón tesorero de la Real Caxa de Pachuca. En 1861 se entregó al Municipio de Pachuca a fin de que fuera dedicada a escuela, objeto al que no se dedicaría en principio ya que en este lugar estuvo la Cámara de Diputados de 1869 a 1888; más tarde fue vendida en 1921 a Don José de Landero Cos, quien la ocupó como sede de la Potencia de Transmisión Eléctrica de Pachuca, primera empresa generadora del fluido eléctrico en la entidad y una de las primeras del país, finalmente fue ocupada como escuela particular, el Instituto Anglo Español. Actualmente se encuentra en este sitio la Escuela Francisco de Siles.

gritando todo tipo de improperios a los soldados que los custodiaban, con lo que se manifestaba el cariño y respeto que el pueblo pachuqueño rendía al General Serapio López, pero la tropa impidió que les siguieran o se acercaran disparando al aire varias veces, con lo que obligaron a los adeptos del General Frijoles a retirarse. El pelotón continuó hasta llegar a la esquina de las hoy calles de Matamoros y Salazar, donde doblaron para seguir por esta última ya enteramente solos. No se supo más. Alguien escuchó varias detonaciones, pero no se atrevió acercarse ni siquiera para curiosear. Más tarde la noticia corría como reguero de pólvora por toda la ciudad, tanto el General Frijoles como su asistente habían sido asesinados a las puertas del Hospital de la Compañía. (Hoy domicilio de las oficinas del D.I.F. Estatal.) ¿Cuál fue el motivo?, nunca se conoció. El caso es que los militares no llegaron al Cuartel de Barreteros con los prisioneros, puesto que los habían ajusticiado sin juicio previo. Los cadáveres fueron despojados de casi todas sus ropas y abandonados en el arroyo de la calle de Salazar, donde permanecieron varias horas, ya que nadie se atrevía a levantarlos para darles cristiana sepultura debido a las amenazas de los Cavacistas.

*Por la tarde de aquel mismo día, fue incendiada la casa del General López; el fuego consumió sus pertenencias y con ellas los documentos de sus gestiones en favor de diversos campesinos hidalguenses.**

*No se sabe cuál fue la reacción del general Cavazos, que conocía y aún se dice estimaba al militar Agrarista, algunos dicen que mandó fusilar al autor del crimen, pero de esto no hay constancia alguna. Así, terminó la vida de aquel héroe popular, don Serapio López Barrios, mejor conocido como 'EL GENERAL FRIJOLES'".***

* Hoy gracias al hallazgo de sus memorias íntimas, se rescatan diversos datos sobre la actuación de este líder regional de la Revolución de 1910.

** Menes Llaguno Juan Manuel, *Crónicas y Leyendas de la muy noble y Leal ciudad de nuestra Señora de la Asunción y Real de Minas de Pachuca,* Club Rotario Pachuca. Pachuca 2001. Págs 95 a 97.

Ricardo Garibay, novelista y ensayista hidalguense, dedica también un breve capítulo de su vastísima obra a este personaje y en particular a su muerte, tal vez derivado de las narraciones que escuchó en su infancia del acontecimiento. Su reconocido prestigio como escritor se desborda así sobre el papel:

"EL GENERAL FRIJOLES

Murió en un mediodía de tierra caliente, cuando toda mi esperanza luchaba contra su destino. Mis manos culpables sostuvieron su cabeza. Su sangre tiñó mis ropas. Su promesa me trasegó las entrañas.

Su recuerdo ha sido como temblor perenne de mis ojos.

Le llamaban el General Frijoles, porque cada vez que llegaban los revolucionarios al pueblo, él se ofrecía para guardar la plaza.

Varias veces los principales, urgidos por la inminencia del ataque, cedieron a su ofrecimiento. Le decían:

–Bueno, General ¿y qué se necesita pues?

–Pos na más me dan unos costales de frijol pa la gente, el chínguere y unos centavos; armas, tengo.

–Y qué va usté a hacer.

–Los espero en Tolapa, en la Aguja; ellos vienen cansados de la sierra y nomás los vi unos cuantos. Ai los agarro.

– Pero que no sea como siempre, General.

–Pa qué le digo… borracho soy, pero de aquí pues y del miedo ni me acuerdo. Todus queremus aquí.

Un movimiento de su mano indicaba que con eso último se refería al pueblo, donde había pasado su vida callejera.

En seguida se soltaba el chismerío. De puerta en puerta y de grupo en grupo corrían las nuevas. Primero los lugareños protestaban; pero a falta de hombres decididos, acababan poniéndose de acuerdo.

–El Frijol es borracho pero valiente.

–Yo no le he vista ninguna, a ver si ahora.

–Quién quita, lemus perdunado las otras.

–Peor será que nus agarren durmidus.

–Se hará lo que Dios diga, qué se están haciendo tarugus, lo mejor es nu atenerse.

Cuando llegué, la gente hervía de indignación. El General acababa de hacer otra de las suyas. Lo habían visto en Pachuca, rematando el frijol y gastando los dineros del municipio en todas las pulquerías.

Me habían enviado como visitador de rentas y para arreglar las cuentas de la administración. Llevaba poderes absolutos, y mucho antes de mi llegada se me esperaba con expectación y desasosiego. Luego me contaron todo aquello y me pidieron que prendiera al rufián y lo metiera en la cárcel.

Pasaron los días y vino la calma. La revolución andaba lejos. La Semana Santa llenaba de quehaceres el lugar. Yo cumplía con el gobierno y disfrutaba de mi prestigio.

El sábado de gloria hacíamos cuentas en la oficina del timbre, cuando uno llegó avisando que los rebeldes estaban en La Laguna y que al día siguiente caerían sobre nosotros. Todo desde ese momento fue esconder valores y prepararse para la fuga. Las calles hormigueaban de gentes pesarosas. Los caminos de salida se multiplicaron. Los comercios cerrados y el sigilo de toda aquella premura cargaban el aire de impaciencia y de angustia. Para en la tarde sólo quedaban la pequeña guarnición y algunos voluntarios. Yo me encerré en un sótano, con el doctor y el Presidente Municipal, a beber aguardiente.

Era la media noche cuando golpes y gritos nos encogieron ahí abajo. Nos miramos espantados, y empuñando las pistolas nos arrinconamos. Entre la grita nos llamaron voces conocidas. Empezó a crujir la puerta y abrimos tomando precauciones.

Traían al General Frijoles, a quien habían atrapado en uno de los caminos. “¡Dice que regresaba de Pachuca a defender la plaza!”. Ve-

nía: la cara reventada, en las manos y en los descalzos pies se le agrietaba la sangre. Me lo traían a mí, para que ordenara su fusilamiento.

Me quedé mirando al hombre. Era chaparro y ancho; de hirsuta crin, de gruesas manos y cabeza pequeña, muy moreno; bigotes que le cubrían media cara; ojos blandos y limpios, velados por suave picardía, de niño que sabe un secreto, que miraban de frente agachando las cejas y se acompañaban de un sonrisa oculta entre la maleza del bigote. Vestía jorongo nuevo y calzones desgarrados. Un sudor gris le abrillantaba la carne. Le habían quitado los huaraches y arreado por entre el breñal más de cinco kilómetros.

Me vio y se rio conmigo, y su risa me removió la simpatía. La gente alrededor gritaba, lo golpeaba, lo obligaba a hundirse. Y de repente comenzaron a exigirme. Con la borrachera otra vez sobre de mí, fingiendo furia agité mi pistola y le grité en la cara una bajeza. El hombre, cuya mirada se apagó de pronto, dijo:

–Que me guste el dinero es otra cosa, no me espantan los tiros. Deme la guarnición de la plaza y si no me muero peleando que me maten los muchachos.

–¿Qué me quiere ver…!

–Yo le prometo a usté que verá cómo se cumple.

Se desgranó el griterío, volvieron los golpes y los empujones, "¡Ese visitador!", gritaban…

Desde las tres de la mañana empezó la balacera. A nosotros se nos bajaba y se nos subía el alcohol allá metidos.

"Ora sí se portó el General –comentábamos de cuando en cuando–, ora sí se portó".

Como al mediodía cesó la cosa. Medio muertos de miedo fuimos saliendo y buscando. Nos topamos con uno que corría: "…fue en el puente, ya se fueron". Conforme caminábamos –las armas en las manos– se nos juntaban los hombres.

La Casa del Puente estaba destrozada. Entramos. Por dondequiera muertos. En la ventana de la cocina, bañado en la luz del sol se desangraba el General. Corrimos hacía él. Con súbito dolor tomé

su cabeza entre mis manos: "Qué pasó, General", le dije. Él, que se ahogaba, me miró un segundo y boqueó:

–A usté lo estaba esperando…"*

Finalmente el episodio trascendió también al terreno de la poesía, donde el actopense Genaro Guzmán Mayer, testigo de la entrada de Marcial Cavazos a Pachuca aquel 10 de enero de 1924, trasladó a su poesía aquel episodio que tanto conmovió a la ciudad capital y bajo el título de "Ya viene Marcial Cavazos" abordó así la muerte del General Frijoles:

De aquel General "Frijoles"
vimos el fusilamiento
en Salazar; su asistente
y él mordieron el suelo.
Uno cayó boca abajo;
boca arriba, el otro, riendo,
pero ambos, siempre dejando
*rosas de sangre en el suelo.***

Serapio López y Agapito Espitia, 1924.

* Garibay, Ricardo, *Obras Reunidas*, Editorial Océano, CECULTA, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México 2010, tomo I: Cuento, pp. 67 a 71.

** Guzmán Mayer, Genaro, *Crónicas, Romances y Leyendas de Pachuca*, Segunda Edición, Pachuca 1971, pp. 197 y 198.

Durante más de ochenta años, primero su esposa, luego su hija y hasta hoy su nieta, conservaron documentos y fotografías rescatados del incendio que destruyó la casa de Serapio López después de haber sido asesinado en medio de la revuelta delahuertista encabezada en Hidalgo por el general Marcial Cavazos. De entre ese legado documental y fotográfico que es desde luego parte del patrimonio histórico de la entidad y hasta ahora desconocido, destacan las *Memorias,* que podemos suponer inconclusas por su muerte o bien mutiladas por otras diversas causas.

Escritas a máquina en papel membretado de la Mexican Gulf Oil Company, las *Memorias íntimas* de Serapio López están contenidas en diecisiete fojas escritas por ambas caras a partir de la número cuatro; divididas en un prólogo y cinco capítulos: I. Alborada; II. El Zoquital; III. El hampa y el vicio; IV. ¡Abajo la tiranía! ¡La ley gobernará al pueblo!; y V. El Horizonte. Varias hojas se encuentran dañadas y por ello, en partes, ilegibles. Se salvaron, por fortuna, de las muchas mudanzas de la viuda, su hija y de su nieta Juana Barrón López, quienes amorosamente las guardaron junto con más documentos –algunos con las huellas del fuego–, y varias fotografías. Lamentablemente otros objetos se perdieron a lo largo de las más de ocho décadas que han seguido a la muerte del General.

Más que el relato autobiográfico sugerido por su título, el documento escrito a la manera de la época contiene un cúmulo de expresiones que reflejan el sentir nacionalista, la ideología revolucionaria del autor y su identificación con los orígenes campesinos. Son –dice Luis Rublúo– páginas sencillas pero elocuentes; ingenuas, si se quiere, pero manifiestan valentía y honestidad ante hechos vividos por el autor.[33] Destacan las descripciones que hace del medio donde nació y vivió los primeros años, su percepción del régimen y la figura del presidente Porfirio Díaz, la calificación a don Rafael Cravioto como un gobernante atrabiliario; y la descripción de las condiciones de la

hacienda del Zoquital, incluida la narración de lo que hoy constituiría una evidente comisión de trata de personas, que lleva a recordar a John Kenneth Turner y su *México Bárbaro*. En varios párrafos se percibe su frustración por no haber tenido la oportunidad del estudio, a la que acompañan diversas aseveraciones de la sabiduría popular para establecer su visión del país y su gente, así como la esperanza en el gobierno del presidente Álvaro Obregón, del que era ferviente partidario; así como una aparente contradicción en su pensamiento, por un lado profundamente creyente y por otro claramente socialista.

Respecto de su vida personal, las referencias son escasas: una, sus antecedentes genealógicos; otra, las actividades comerciales de su padre. Únicamente eso. No obstante la ausencia de datos para abundar en su biografía, el valor de las *Memorias íntimas* radica en constituir uno de los pocos testimonios escritos por un protagonista del cambio que el país y nuestro estado experimentaron durante el proceso revolucionario iniciado por Francisco I. Madero, al tiempo que refleja el pensamiento de un hombre que lo asumió como la oportunidad de modificar las condiciones de vida de los de su clase y, ayuno de la más elemental formación intelectual, pudo colmar, cuando menos, el inicio de la justicia social.

En 1967 las *Memorias* fueron publicadas en tres entregas por el semanario *El Hidalguense*, en sus ediciones del 1º de abril, 1º de mayo y 1º de julio, según refiere Luis Rublúo, quien así las tuvo a la vista.[34] En esta edición se ha corregido la ortografía del original.

Su reproducción con motivo de la conmemoración del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana permite la divulgación de un testimonio del pensamiento que marcó la vida de un revolucionario, General por nombramiento gubernamental, complementado con imágenes familiares y otras de gran valor, por ejemplo las que muestran el cúmulo de restos óseos descubiertos en la iglesia de San Nicolás Ayotengo, utilizadas como testimonio para gestionar la restitución del Zoquital; otras, de la campaña electoral del doctor Cutberto Hidalgo; y algunos textos, hasta formar un conjunto cuyo

origen los hacen fuente primaria fundamental para la investigación histórica y permiten un eficaz medio de difusión del personaje, su época, entorno y actividades.

Las celebraciones de este 2010 son el mejor momento para hacerlo a partir del interés de Juana Barrón López por compartirnos esta parte, hasta hoy muy poco conocida, de la personalidad de su abuelo, consciente de que el contenido, más que herencia familiar, es patrimonio de Hidalgo y los hidalguenses y por tanto debe divulgarse.

Después de cumplir con el ofrecimiento de esta edición, he propuesto a los descendientes de nuestro personaje depositar el original, los demás documentos que le pertenecieron, así como la colección fotográfica, en el Archivo Histórico del Poder Judicial, lo cual permitiría crear el Fondo General Serapio López. De esa forma se aseguraría su preservación y posibilitaría el trabajo de los investigadores.

En tanto, muchas gracias por habérmelos confiado sin ninguna reserva para poder construir esta breve Nota introductoria, con la idea de rescatar a una figura histórica de la Revolución Mexicana que nos pertenece, personaje que desde su trinchera en esta tierra contribuyó a edificar un México más justo. Ahora están nuevamente en poder de sus legatarios y al alcance de todos los hidalguenses.

En cuanto a Serapio López, propongo desde ahora el traslado de sus restos a la Rotonda de Hidalguenses Ilustres erigida por el Gobernador Miguel Ángel Osorio. Sería el primero de los luchadores sociales, que deben ser reconocidos, en ocupar un sitio ahí.

Citas

1. Hernández Mogica, Javier, *Organización Campesina y Lucha Agraria en el Estado de Hidalgo 1917-1940*, Ed. UAEH, Pachuca, 2000, p. 88.
2. Cravioto Muñoz, Rafael, *Memorias de un Adolescente*, Ed. UAEH, Pachuca, 1986, p. 31.

3. *Ibidem*, p. 53.
4. Rublúo, Luis, *Historia de la Revolución Mexicana en el Estado de Hidalgo*, Ed. INEHRM, México, 1983, pp. 50-51.
5. Pérez López, Abraham, *Diccionario biográfico hidalguense*, San Salvador, Hgo., 1979, pp. 238-239.
6. *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*, INEHRM, 1991, tomo III, p. 596.
7. Hernández Mogica, *op. cit*.
8. Pérez López, *op. cit.*, p. 238. El dato consignado por Abraham Pérez López parece equivocado, pues el Mercado de Barreteros fue inaugurado el 16 de septiembre de 1927, después de que los puestos de comida de la Plaza Barreteros fueron arrasados por un incendio en diciembre de 1926, por ello Menes Llaguno consigna que el puesto de granos de Serapio López se encontraba en el Mercado Libertad, antecedente del "Primero de Mayo".
9. Acta de matrimonio núm. 76, Libro núm. 3, fojas 68 v y 69 f, año 1915. Pachuca.
10. Acta de nacimiento núm. 1245, Libro núm. 2, fojas 32 f y v, año 1916. Pachuca.
11. Carta dirigida a Juana Pérez. México, abril 9 de 1921, en ASL.
12. Copia Certificada de actuaciones en el Juicio de Amparo 44-1922. Juzgado de Distrito en el Estado de Hidalgo. 23 de agosto de 1922, ASL.
13. Hernández Mogica, *op. cit.*, p. 88.
14. Constancia expedida por el C. General Nicolás Flores, Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Hidalgo, Pachuca, 20 de mayo de 1920, en ASL.
15. Cutberto Hidalgo, médico originario de Pachuca, fue un convencido antirreeleccionista; diputado a la XXVII legislatura federal; Subsecretario y Secretario de Relaciones Exteriores de los presidentes Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón, renunció al cargo para ser candidato al Gobierno del Estado en 1921. Derrotado en las elecciones se dedicó a los negocios particulares en

el Estado de Jalisco; luego se unió a De la Huerta en contra de Obregón, habiéndose trasladado a los Estados Unidos a comprar material bélico para la rebelión. Fracasado el movimiento, permaneció allá hasta finales de 1929. Enfermo, de regreso a México en 1929, murió al año siguiente. *Cancilleres de México*, Ed. Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1992.

16. Hernández Mogica, *op. cit.*, p. 67.
17. *Ibidem*, p. 66.
18. Manzano, Teodomiro, *Anales del Estado de Hidalgo. Segunda Parte*, Pachuca, 1927, p. 275.
19. *Ibidem*, pp. 276 y 277.
20. El cuartel de "La Potencia" se ubicaba a lado del edificio propiedad de don José de Landero cuya compañía electrificadora se llamó "La Potencia Eléctrica", en la actual Plaza Pedro Ma. Anaya, sede del Colegio Francisco de Siles.
21. Constancia expedida por Benito H. Calva, Presidente de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Hidalgo, 12 de marzo de 1924, ASL.
22. Acta de defunción núm. 88, Libro núm. 1, fojas 88 f y v, 1924. Pachuca.
23. Oficio de la correspondencia particular del C. Secretario General de la Comisión Nacional Agraria dirigido a Juana Pérez Vda. de López, firmado por César Córdova. México, D. F., 12 de junio de 1924, ASL.
24. Oficio de la Secretaría General del Gobierno del Estado de Hidalgo, firmado por el Subsecretario Enc. del Despacho Lic. David Moreno Tejeda, Pachuca de Soto, Hgo., 10 de abril de 1929, ASL.
25. Manzano, *op. cit.*, p. 292.
26. García, Leopoldo. Discurso Oficial. ASL.
27. Hernández Mogica, *op. cit.*, p. 67.
28. Oficio de la Liga de Comunidades Agrarias del Estado firmado por el Secretario General Dip. Juan Cruz O. dirigido a la Sra.

Juana P. Salinas Vda. de López, Pachuca de Soto, a 18 de diciembre de 1930. ASL.

29. Oficio de la Secretaría Particular del Gobernador Constitucional del Estado, firmado por Vicente B. Flores, dirigido a Señora Juana P. Salinas Vda. de López. Pachuca, Hgo., 8 de enero de 1931. ASL.
30. Oficio de la Presidencia Municipal de Pachuca firmado por el Presidente Municipal Ing. Juan R. de Arellano, dirigido al C. Admor. del Panteón Municipal, Villa Aquiles Serdán, Pachuca de Soto, julio 18 de 1933. ASL.
31. Montealegre, Aurelio. Homenaje al Precursor del Agrarismo en Hidalgo, El General Serapio López B. México, miércoles 18 de agosto de 1971.
32. Torres Lozada, Liboria, *Sentimientos y expresiones hechos poesía*, Edición de la autora, sin año de publicación.
33. Rublúo, *op. cit.*, p. 50.
34. *Ibidem*, *op. cit.*, p. 51.

- ASL: Archivo Serapio López

Serapio López

Memorias íntimas de un líder agrarista

"Por la patria y por la raza"

Prólogo

"En México todos nacen libres; los esclavos de otros países, con el solo hecho de pisar el territorio Mexicano, recobran su libertad".

¡Bello pensamiento que inspiró a nuestros antepasados, los Constituyentes del 57...! queriendo para nuestra Patria toda la dignidad y toda la grandeza que la hiciera capaz de presentarse como un país progresista en el concurso de las naciones libres.

Aquellos hombres fogueados en el campo de batalla contra la más denigrante "dictadura" hasta verla hecha añicos, aquellos hombres, identificados fielmente con las ideas de libertad, luchadores infatigables por la restitución de aquel sagrado derecho que la revolución iniciada en Dolores y terminada en Iguala había llegado como la herencia más preciosa; aquellos hombres que la historia guarda en sus severas páginas. Los hombres que como Juárez esgrimen las armas del pensamiento en el campo de la idea, ungido por el óleo glorioso del triunfo, ponen manos a la obra más grande, a la obra sublime con la que se mide la talla de los hombres de corazón.

Y si nuestros mayores ofrendaron su sangre por el rescate de la libertad, esta debía ser sancionada por el derecho; sin libertad no es posible la existencia y sin ley no puede existir la libertad.

Instituido así el derecho de la libertad era de esperarse el desarrollo armónico de todas las actividades; era a presumirse que la nación entera enarbolara muy alto el estandarte de su libertad y de su progreso; pero no era posible que tan bellos ideales se realizaran tan pronto por más que aquella voluntad de acero, Juárez así se propusiera; por-

que las clases privilegiadas que no pudo arrollar por completo el movimiento libertario se consideraron con derecho a disponer de la vida y libertad de nuestro pueblo analfabeto, y así fue como retuvieron en sus fincas rústicas y urbanas cuantos hombres y mujeres necesitaban para el servicio rural o doméstico a cambio de un mal alimento, de un jornal peor y de un tratamiento propio de irracionales.

Yo llevo en mis anhelos la dignificación de mi raza, nadie como yo conoce esa vida de abyección y de miseria a que están condenados mis hermanos los indios, y por ningún motivo abandonaré mis propósitos, hasta ver ondear sobre mi raza el pabellón de la Libertad y del Derecho.

¡Nuestra República camina por el sendero del progreso; la LIBERTAD DEL PUEBLO RENACE DE LOS HORRORES DEL ULTRAJE!

Al abrirse mis ojos por la vez primera, quedé ofuscado y bajo las garras de una odiosa "dictadura", peor mil veces que la derrocada en el año de 1856, dictadura en la que Porfirio Díaz por no sabemos qué fenómeno formó de su gobierno y con más refinamientos otra dictadura como la derrocada y entre los humos de la adulación y el cortejo de los serviles, llevó su carro triunfal concediendo toda clase de mercedes a sus aduladores, quienes expertos en el robo y en las prácticas canallescas, al constituirse en dueños y señores de predios y fincas, maniataron de nuevo la libertad de los ignorantes, de quienes formaron verdaderos parias porque jamás les dieron a conocer las letras del alfabeto, ni aun siquiera les dejaban el derecho de quejarse, porque jamás asunto alguno tuvo cabida en aquellos tribunales donde la justicia se vendía al mejor postor o se regalaba al compadre. De esta manera las primeras voces quedaron sofocadas y los renuevos de aquella sucesión llevaron igual suerte, como por una maldición del Destino.

Pero la infamia siempre encuentra pronto y severo castigo; la tiranía no puede mantenerse en pie, porque tiene fango por la base, la opresión no es eterna, porque la razón y la justicia tiene que romperla, la adulación es baba que mancha y el servilismo intoxicación

venenosa que debilita las facultades, por eso en el gobierno de Porfirio Díaz, la infamia, la tiranía y la opresión que desarrolló con sobrada injusticia y con su apoyo; por eso él llevará la indeleble mancha que le produjo la adulación y el servilismo de sus favoritos, que lo condujo al terror más grande; a la degradación política y vergonzosa, porque débil ante las flexiones de la espina dorsal de hombres perversos, con ellos laboró para consumar la obra más denigrante del pueblo mexicano, la privación de sus derechos y la sofocación de su libertad, no puede sino tener recuerdos dolorosos, al escuchar la clarinada de su libertad, y que le hacen exclamar por siempre, para aquellos infames, la palabra: ¡Malditos!

Recuerdo estos hechos a propósito de la Ley Agraria expedida en la H. Veracruz por el C. Venustiano Carranza, Ley que le sirvió para embaucar al pueblo que lo llevó, debido a esa promesa, a ocupar la primera Magistratura de la República; puesto del cual descendió de una manera trágica, en virtud de no haber cumplido con esa Ley que derramara tanta sangre, que fue lavada, en un humilde jacal de Tlaxcalantongo.

Y ya que el pueblo ha luchado heroicamente por reconquistar su libertad, en que no debe de reconocer más jerarquías que las que otorga el derecho y en que la libertad conquistada es para que tenga una aplicación práctica, deberá de reprocharse y de una manera enérgica a todos aquellos representantes del pueblo que no cumplan los compromisos contraídos con el mismo, y procedan de igual manera siendo su proceder un atentado de lesa democracia.

Tomen debida nota y hagan un somero estudio todos los representantes de los pueblos, en toda la república, y muy particularmente los que dependan de esta Delegación de la raza indígena en los pueblos del Estado de Hidalgo, para quienes dedico muy especialmente este humilde trabajo, encareciéndoles trabajen con ahínco, por ver a nuestro querido Estado, que por su solo esfuerzo y adelanto prosiga su marcha a la vanguardia de los demás estados de la federación, que se procure por cuantos medios estén a nuestro alcance

arrancar ese mal que nos dejara la dictadura, estableciendo escuelas rudimentarias por todas partes hasta convertir a las masas en individuos conscientes de hacer uso de sus derechos, cumplir con sus obligaciones y entender el verdadero significado de la libertad que se ha conquistado y si este pequeño folleto, donde con lenguaje sencillo y rudo procuraré encender en vuestro nobles pechos el amor al terruño que nos vio nacer, con el único anhelo de que cuando caiga hecho mil pedazos el odiosos trono del despotismo, y cuando vuestros hijos felices ya, al calor de sus propios hogares pasen sus ojos por estas humildes líneas, hagan un recuerdo que será para mí un galardón y señalando mi tumba, digan a sus pequeños hijos libres ya de toda tiranía: allí descansan los restos de un hombre que nació, vivió y murió únicamente por su patria y por su raza.

Un recuerdo a la Delegación de la Raza Indígena para que me acompañen, para salvar a la raza. México 2 de enero de 1921.

Capítulo primero. Alborada

Tocaba a su fin el estío de 1888 y con el estío terminaban los efectos de la canícula precisamente el domingo 3 de septiembre del mismo año y a la hora en que Saturno se hallaba en conjunción con la luna, esto es las 9 de la mañana, en un simpático y fértil pueblecillo denominado "San Nicolás Ayotengo", que destacaba sus pueblerinas casas en el centro de un pintoresco valle rodeado de encrespadas y altas montañas, y como a unos kilómetros de Atotonilco el Grande, en el Estado de Hidalgo, en el día que se menciona todo en el pueblo era trajín con motivo de ser domingo y como es costumbre, según nuestras tradiciones, este es el día de descanso para todos los que vivimos fuera del ruido bullanguero de las grandes ciudades.

María Candelaria López de Barrón y Luis Barrón Uribe, ca. 1940.

En una de las principales casas del pueblo vivía un matrimonio compuesto de don Evaristo López y doña María Candelaria Barrios,

originarios y vecinos de San Nicolás, siendo sus padres respectivamente D. Juan López y Rita Téllez, y por la rama materna D. Jesús Barrios y María Trinidad González, de este feliz matrimonio, en la hora, día y mes del año indicado nació un robusto niño, el que llevado a la pila bautismal le pusieron por nombre Serapio.

Nacer, crecer y morir, he allí la sentencia del destino

Grandes males ocasiona a los pueblos el aislamiento, el progreso humano es tan complejo que necesita del concurso de todas las inteligencias en general consorcio, y éstas se fortalecen y desarrollan comunicándose unas con otras. El momento actual, la situación presente, después de todo lo ocurrido y en vista de lo que se prepara, en esta época precisa de proclamar todas las verdades. Por un temor a la opinión, por una timidez en el decir, se pueden acarrear tremendos males. Tenemos por lo tanto que desechar todos los prejuicios, mirar de frente a la verdad y combatir con arrojo todos los errores. Errores de opinión, errores de criterio, tradicionalismos caducos. Hay que arrojarlo todo al más profundo de los abismos cubriéndolo con una pesada losa en una forma tal, que no vuelva a resurgir jamás aquello que nos costó tanto esfuerzo aniquilar.

Si algún día luce por fin la verdad suprema y el hombre, escuchando la voz de la razón, hace valer de una manera efectiva sus derechos, aquel día habremos dado un paso formidable hacia nuestra liberación definitiva. Entonces próximos a la verdad, se asentará el bien, nacerá la virtud hoy estrangulada por el egoísmo y reinará en todo su esplendor el agrarismo hoy rebajado y vilipendiado.

Las tierras, alma del mundo. Esencia suprema de la vida es de cuantas maravillas se han hollado las más vilmente maltratadas, oh exuberante y fogosa tierra, origen y fin de todas las cosas, sostén de lo creado y tú pueblo, que vives extranjero en tu propio país; ¡cuando

romper tus ligaduras y obtener sin trabas ni cortapisas lo que realmente te pertenece, que es tu feudo y tu propiedad indiscutible! Hasta cuándo te cederán el paso el egoísmo usurpador, el interés venal y todos los obstáculos que impiden tu adelanto y tu progreso cuando el pueblo en masa comprenda que tiene el deber ineludible de oponerse a todas las injusticias y de intervenir en todos sus problemas, y contra el eterno argumento de que el pueblo no se halla preparado para hacer valer sus derechos como ciudadano, opondremos el de que tampoco los miserables, los eternos vampiros del pueblo, los ricos latifundistas tienen preparación para abordar los problemas agrícolas que ineludiblemente tendrán que resolverse.

En la época que nos ocupa, mi padre Evaristo López, un honrado campesino de 32 años de edad, era un hombre laborioso que careciendo de vicios y trabajando constantemente de sol a sol dedicaba todas sus actividades y agotaba todas sus energías para llevar el pan y la felicidad a su hogar, siendo a su vez arrendatario de la fatídica hacienda de el "Zoquital", propiedad del entonces terrateniente Ramón Parra, español de nacimiento y que como todos los de su raza era traicionero y felón, abusando como su congénere Hernán Cortés de la hospitalidad y candidez, de la traición y el dolo no acostumbrados, no conocidos entre los de nuestra raza pura, y siendo este gabacho, como cariñosamente le llamaban en el pueblo, un ambicioso magnífico charlatán, educado a la alta escuela en materia de robo y pillaje, por medio de estratagemas y falsas promesas logró que los vecinos del pueblo de San Nicolás Ayotengo le dieran una concesión verbal para que aprovechara en su favor y por determinado tiempo unos terrenos que pertenecían legalmente a los vecinos de dicho pueblo; terrenos que el gachupín iba a utilizar en la cría de ganado, levantando para el efecto unos paredones que más tarde tendrían que convertirse en mazmorras, en antros infernales en donde la maldad, el vicio y el dolor y la suerte cimentaron las columnas de su palacio, el que bautizare por una lluvia de fuego infernal se llamó el "Zoquital", palabra de origen zapoteca, siendo el plural de la palabra "Zoquite", que en

su traducción castiza significa "tierra batida con agua, lodo, podredumbre", dejando desde ese momento de ser una feraz y fértil campiña, convirtiéndose en un trasunto del infierno, viéndose desde entonces secos y yermos sus feraces campos por la adicción de Dios.

Enseñémonos a pensar. Las energías mentales son la fuerza más poderosa que existe en este mundo, cuando las dirigimos y las encausamos por el conducto debido son sencillamente irresistibles, se abren paso por los escollos, barren los estorbos y de los obstáculos hacen peldaños para llegar a donde se proponen. El poder de la mente es absolutamente ilimitado y debemos de saber que está en nuestras facultades el producir lo poco o lo mucho, lo humilde o lo grandioso, todo lo que tenemos que hacer es escoger el rumbo que más nos agrade y de nosotros mismos depende que escojamos la vereda de las miserias y del egoísmo o el camino anchuroso de la caballerosidad, de la honradez y del bien general.

Dios nos hace brutos, todos nacemos con el mismo poder y los que se distinguen es por razón de que reconocen las facultades de que vienen dotados, tienen fe en el poder que les proporciona la naturaleza, mientras que los que permanecen en la ignorancia es debido única y exclusivamente a que se niegan a reconocer lo que tienen de bueno, se les resiste creer en sus propias cualidades, dudan de sus aptitudes, no se dan cuenta de su poderío y voluntariamente se entregan a servir hasta como bestias de carga.

El hombre ha venido al mundo para gozar, no fuimos inventados para el sufrimiento, este es un producto neto de nuestra manera de portarnos, nuestras obras son las que nos tienen en el medio en que vivimos, nuestra manera de pensar es la que nos ha colocado donde estamos y la comprobación de este relato es bien sencilla; es dependiente el que "pensó" ocuparse en alguna casa comercial y buscó los medios de emplearse ahí, es peluquero el que se inclinó hacia eses ramo de la lucha "pensando" que así se podría ganar la vida, es doctor el que "piensa" que siendo esa una de las carreras más nobles,

bien vale la pena de ponerse a estudiar para llegar a serlo. El que es carpintero es porque ha "pensado" que el oficio además de ser lucrativo es uno de los más saludables. Hay quien "piense" que leyendo todas estas cosas habrá necesariamente algunos que se van a "pensar" en lo que deben de hacer para que sus "pensamientos" les salgan a medida del deseo, pues si no "pensamos" lo que vamos a hacer ya sabemos que los resultados serán muy distintos de lo que nos proponemos. La mujer "piensa" que siendo inteligente, estudiosa y avisada llega a gozar de la tranquilidad. Los inventores "piensan" para llevar a cabo sus propósitos. El zapatero que es cuidadoso de seguro que "pensará" antes de cortar el cuero para que le resulte económico y bien hecho el corte. El comerciante ha "pensado" cómo invertir su dinero para que le produzca utilidades. El mecánico concentra su "pensamiento" sobre la pieza que va a producir para que salga como él quiere. El banquero piensa en las transacciones que le dejan mayores rendimientos. El agricultor no puede menos que "pensar" en la clase de granos que se producen en sus tierras. El minero introduce sus "pensamientos" en las entrañas de la tierra para sacarle el provecho que propone, el maestro "piensa" en la clase que va a dar para enseñar a sus discípulos. "Pensamos" al ir a trabajar, "pensamos" en pasar un día de campo para divertirnos y nada se hace en la vida sin que antes no se piense. Luego el pensamiento es lo que rige todos nuestros actos y de ahí la importancia de que nos empecemos a dar cuenta de ello para que nos vayamos empeñando en descubrir la manera de "pensar" sabia y correctamente, de que comencemos a escoger la clase de "pensamientos" que debemos retener en la mente, pues que solo "pensamos" de manera adecuada es como se vencen las dificultades y solo así es como llegamos a adquirir lo que DESEAMOS.

Para dar una pequeña idea de la falta de pensamiento y atraso de ideas en que en ese tiempo se encontraban los indios, voy a referir un hecho ocurrido en la ciudad de México con motivo de la escasez de víveres y trigo. La población indígena empezó a sentir los horrores del hambre, y buscando el grano por todas partes los naturales fueron

objeto de toda clase de vejaciones por parte de los españoles, habiéndose dado el caso de que una india fuera muerta a palos por los españoles en la alhóndiga. Esto dio lugar a que los indígenas no pudiendo soportar más vejaciones asaltaron el Palacio Nacional a pedradas, siendo rechazados y en vista de esto para vengarse prendieron fuego a algunas casas de los nobles por la multitud que enfurecida ya no aceptaba razones de ninguna naturaleza; cuando el tumulto era mayor, los astutos españoles recurrieron a la estratagema de sacar por las calles de México una custodia, dando este subterfugio a la postre magníficos resultados, pues poco a poco los indios fueron deponiendo su actitud hostil, hasta que finalmente el desorden terminó.

El señor López, mi padre, sentíase muy satisfecho de su actuación en el concierto de la vida, veía deslizarse su existencia en medio de sus valores cotidianos y al calor de su siempre risueño y tranquilo hogar y fijos tan solo en el deber su ojos, alejado por completo de los vicios, con el pensamiento reconcentrado en buscar para su familia un porvenir, si no de fausto y de lujo, al menos adquirir un pequeño capital con su trabajo laborioso y por medio de sus ahorros, para poder asegurar su vejez y salvaguardar al mismo tiempo a su familia, que era todo su querer, de las penalidades, desesperación y peligros a que conducen irremisiblemente a todos los seres que pululan sobre la tierra el hambre y la miseria.

A fuerza de abnegación y trabajo, logró reunir mi padre una regular cantidad de ganado vacuno, cabrío, lanar, y un número bastante regular de bestias de carga, con las que traficaba constantemente sufriendo los azares y peligros que por entonces había en todos los caminos, debido a que nuestros representantes en el gobierno no buscaban la felicidad y tranquilidad de nuestro pueblo, sino únicamente su medro personal. Este era a grandes rasgos el estado de mi casa; digo mi casa, porque ahora que soy hombre he podido leer con la verbosidad de la filosofía humana, en el libro de la vida, que todo ser humano, llámese Creso o Diógenes ya que sea archimillonario o infeliz mendigo, bien que por su talento o esclarecida inteligencia

ocupe un lugar prominente en el Foro debido a su facilidad de palabra para expresar su erudición en la tribuna, o bien que por el abandono de sus padres haya nacido paria y por tal causa sea un analfabeto, todos, absolutamente todos, los acaudalados y los indigentes, los ilustres y los analfabetas, los altos y los bajos, todos en lo general, tenemos derecho de llamar mío lo que nuestros padres con tanto sacrificio nos legaron. Esta era mi casas, repito, en el año de 1896, época en la que contaba yo ocho primaveras de existencia, existencia que se había deslizado ante mí como en una pantalla cinematográfica, sin darme cuenta siquiera de lo que era la existencia; era yo entonces la larva que, abandonando el capuz, me sentía maravillado de mí mismo, me sentía deslumbrado por el brillante sol que diario aparecía sobre AYOTENGO que su habitual y apacible calma contemplaba yo por las noches, su esplendente cielo azul, tachonado de resplandecientes estrellas y en medio de ese rítmico silencio, yo meditaba que no es difícil encontrar la flor de la felicidad; todas las mañanas abre sus delicados pétalos en los campos alegres de la mente. Pero también crece en los desiertos arenosos del cuidado y en las praderas donde existe la confianza perfecta.

La flor de la dicha tiene la dulzura de la miel, tanto en el verano de las agitaciones como en el invierno frío de los contratiempos. Brilla sobre las grandes montañas de los obstáculos y allá mismo invita a la creación entera a que participe de su delicado aroma.

Si alguna vez se encuentra la flor de la dicha que no es difícil encontrar si nos guiamos por un extremo del arcoíris después de una lluvia primaveral, ahí donde se tejen las lágrimas del cielo con las sonrisas del sol, deseo que la cultives, que la conserves pura y lozana en el jardín de tus amores, que brille siempre primorosa con el rocío de tu lindo contento, que con los rayos resplandecientes de tu amor le des calor durante tu vida entera para que tú y tu flor vivan una eterna primavera. Y esta meditación clavaba un acerado puñal en mi pecho, porque bien comprendía, a través de mi ignorancia de niño, que al lado de tanta hermosura y grandeza con que

nos brinda la naturaleza se encuentra para destruir su obra la bestia humana, ese fauno que en medio de su mísero orgullo se ha autotitulado "El Rey de la creación" y que en virtud de un ateísmo creado por él dice que está hecho a imagen y semejanza de Dios... ¡Blasfemo! ¡Traidor... Ruin! este, es tu verdadero nombre: Felón, Asesino... y Ladrón es el título que realmente te pertenece; cuando sepas comprender el significado de la palabra *hijo* y sepas cumplir con el deber de la palabra *padre*; cuando condenses todo el programa de tu vida en esta feliz sentencia que es todo un poema de felicidad que es la clave con que la sabia providencia nos enseñó el camino de la dicha, cuando llegues a comprender tú más que nadie que te crees todo un caudal de ilustración y que no eres más que un asqueroso gusano que te revuelcas en el inmundo estercolero de la vida, cuando llegues a practicar más que a comprender estas palabras del Divino Génesis, habrás dado un gran paso en tu adelanto, habrás llegado a la cúspide de la felicidad, siendo estas palabras la llave de la redención humana, son el eje de diamante en que girará toda la humanidad. Fíjate en que no necesitas de mucha ilustración para regenerarte; comprende que la sabia naturaleza nos ha puesto un problema bastante sencillo para poder lograr nuestra felicidad y si no lo hemos logrado es por la falta de amor hacia nosotros mismos, es por la tendencia que tenemos al retroceso. Y cuando todos en lo general practiquemos estas sublimes palabras entonces será la redención de la humanidad. Ya no habrá más guerras fratricidas, no habrá más lágrimas, ni correrán más ríos de sangre hermana, sino que toda la humanidad estrecha en un fuerte abrazo, sin remordimientos ni zozobras, tendrá por norma lo primero, jamás olvidarse de ese Gran Espíritu Divino que llamamos Dios. Enseguida tener especial cuidado en enseñar a nuestros pequeños hijos el sendero de la felicidad y modelar nuestra conducta de manera de adquirir el hábito de ver todas las cosas de manera constructiva, y enseñarnos a apreciarlas bajo el aspecto brillante que contienen, si las vemos con esperanza, con fe, con seguridad y con confianza en lugar de observarlas del

lado de la duda y de la inseguridad, es claro que mejoraremos el punto de vista de nuestras apreciaciones.

El trabajo no concluido no es trabajo, es un absurdo, un aborto, una torpeza que no tiene razón de ser.

Cuando al calor de vuestro hogar y rodeado de vuestros hijos, que en medio del alborozo materno empiecen a balbucear las primeras palabras, grabadles en el corazón con el cincel paternal, para que jamás la olviden, esta sublime sentencia del "Crucificado": "Lo que no quieras para ti, no quieras para otro".

"Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo",
Este es el talismán que te dará la dicha.
Ama a Dios sobre todos los bienes terrenales,
Porque él hace que lo que debas satisfagas.
Lo que a ti te disguste a otro no hagas.
Terminando los deberes principales
Es amar a los hombres como a hermanos.
Y acabando la casta de tiranos,
se abrirán horizontes celestiales.
No busques en los vicios, tu bajeza.
Levántate a luchar que el mundo es tuyo.
Ahuyenta con horror a la pereza.
Respeta a tus hermanos lo que es suyo.
Legue altivo y honrado tu cabeza.
Levántate a luchar, que el mundo es tuyo.

Capítulo segundo. El Zoquital

Al noroeste del pueblo de Atotonilco el Grande, como apocalíptica serpiente adormecida por la venenosa ponzoña que se desprende de su asquerosa baba, se destaca el camino que conduce al fatídico "Zoquital".

Debido a la crasa ignorancia de sus legítimos dueños, como queda asentado en el capítulo anterior, con martingalas y dinero el entonces General Don Rafael Cravioto, de triste recordación, logró valiéndose del poder por ser él (Don Rafael) Gobernador del Estado de Hidalgo tomar posesión de dichos terrenos, sin más trámites que su capricho y desmedida ambición, ni más leyes que el apoyo de las bayonetas. Y al robar este mal gobernante la bendita herencia de nuestros abuelos, quedó abierto, no el hermoso camino sembrado de madreselvas y que conduce hacia nuestros patrios lares, sino el camino del cadalso que como horrorosa vorágine infernal, y grabadas con letras de sangre, miraba todo ser que iba consignado al "ZOQUITAL", porque el hombre fiera, que por una irrisión del lenguaje se llamaba "GOBERNADOR DEL ESTADO", esta terrible sentencia "LACSOATE OMNI ESPERANZA" que en síntesis quiere decir: perder toda esperanza de salvación.

La conciencia rodeada de sombras se ilumina de cuando en cuando en el sentido de que dicho órgano exista, pero en Rafael Cravioto el vocablo *conciencia* se transformaba en sangre y lágrimas. Hoy vemos esto perfectamente comprobado al contemplar como un hecho real lo que hace algunos años nos parecía un sueño irrealizable.

Cuando todo está de nuestra parte y que el cielo se encuentra enteramente despejado es lo más fácil del mundo que nos declaremos optimistas, pero la prueba de que lo somos se demuestra cuando aparecen los negros nubarrones amenazando con recia tempestad y que valerosos le hacemos frente a la situación con la sonrisa en los labios. Cuando los contratiempos se nos encaran y el desastre se nos viene encima, cuando al contemplar a nuestro alrededor nos parece como que el fracaso se quiere apoderar de nosotros y que sin inmutarnos, serenos y con energía lo rechazamos, nos rehusamos a reconocerlo y en medio de las vicisitudes seguimos en nuestro empeño con fe en el alma y ánimo en el corazón.

Es optimista aquel que cuando las condiciones adversas de la vida se interponen a sus propósitos sigue creyendo en la alegría que le corresponde, y que en lugar de medir las penas transitorias que se presentan se hace cargo del triunfo que más adelante está en su espera. Es optimista el que vive siempre a la luz del sol en espera de la victoria sobre las dificultades, el que abre y ensancha su alma hacia la belleza de la naturaleza, el que se encuentra el bien en todas partes, en todos los asuntos y en todos los hombres.

El optimismo es la fe sobre la "evidencia de las cosas que no se ven".

El que lo practica es aquel que se mezcla y se pone en contacto con distintas gentes en las labores diarias, que encontrándose con una variedad de caracteres y temperamentos siempre está dispuesto a servir, el que paga un desaire con una sonrisa, la envidia y la pequeñez de palabras picantes o indirectas cobardes con el desprecio que se merecen.

Es optimista aquel que se da cuenta de que el principio creativo de la alegría aviva la percepción de lo bueno; de que las oportunidades del contento están en todo el mundo; y que ser alegre y feliz consiste en tener salud y ser sabio.

Cuando hacemos el trabajo con placer cada objeto que producimos es un mensaje de alegría que se apodera de algún ser y entre mejor sea el trabajo más será el contento que se esparce por la tierra.

Si al hacer un trabajo lo ejecutamos con la misma dicha con que lo reciben los que con él se benefician, las horas no se nos harán largas ni la faena nos parecerá tan dura

Pueblos como los nuestros, pueblos atormentados, viven del contraste y caminan por saltos, ya rodando por el abismo ya levantándose hasta las cumbres.

Demos suelta al destino que hoy pasa clemente y pródigo como allegro de sinfonía divina, augusta, como si intentase igualar el rapto que mueve hacia lo alto los mundos, augusta, y proclamemos a voz en cuello que nuestros esfuerzos han operado para la transformación de la conciencia patria.

Debido a ese mal gobierno, quedamos maltrechos y destrozados; pero limpios de aquel oprobio.

La tragedia desgarró nuestras entrañas; pero la justicia ha triunfado sobre la tierra.

Como todos recordarán, bajo la dictadura de Porfirio Díaz, todos los que ocupaban los puestos del gobierno eran hombres sin corazón, que fieles a la consigna del jefe supremo de toda esa pandilla, contaban con una jauría de esbirros inconscientes que abyectos en los vicios, anegados en sangre y familiarizados con el crimen organizaron el cortejo infernal que formaba la guardia de honor del Sultán Feudal, que entronizado en el poder, convirtió la Hacienda del "ZOQUITAL", ayudado siempre por sus esbirros, los que a cambio de un miserable puñado de monedas siempre estaban dispuestos a cometer los más horribles crímenes, por espantosos e infames que estos fueran.

Cuando el mundo se nos muestra obscuro es que estamos cerrados de ojos ante la naturaleza y nos da miedo. Lo tenemos porque ignoramos que con la sabiduría se aplasta el miedo.

Jamás debemos llenar la mente de pensamientos timoratos, inyectémosla siempre con lo que contenga valor y esperanzas. El santo Job decía: "Todo lo que temía me ha venido". No demos cabida a los temores para que no nos vengan.

El temor contrae mientras que el valor nos da expansión. Si queremos extender nuestros negocios introduzcamos la fe en nuestras transacciones, tengamos cariño a la empresa de que nos ocupamos, cariño para con nuestros marchantes y cariño para nuestros competidores.

El temor retarda el trabajo de los órganos del cuerpo; nos hace injustos, nos aleja del tino y nos deja a obscuras.

Desechemos toda clase de pensamientos de temor a las consecuencias, dejémonos de críticas y hagamos el bien por el placer de hacerlo, con lo que logramos que los malos resultados se desvanezcan como la obscuridad ante la luz.

El temor es lo más inútil que hay en el mundo desde el momento que solo nos sirve para que le tengamos miedo al miedo. Uno de los mejores medios para combatir el temor es atrevernos a empezar a hacer lo que nos da miedo ejecutar.

El temor solo nos sirve de estorbo para que triunfemos en nuestras empresas y por lo tanto hay que substituirlo con valor.

La mayoría de las gentes nada vale porque rara vez piensa.

Los más timoratos son los que más rehúyen la verdad.

Las emociones son comunicativas, hagamos porque todo mundo se compenetre de tranquilidad, de placer y de dicha.

No podremos legar fortunas, pero todos podremos contribuir a mejorar el mundo haciendo con alegría el trabajo que se nos encomienda.

Si pensamos en las caras risueñas que produce el trabajo cuando lo reciben los que de él se saben aprovechar de seguro que el contento también se hará sentir en nosotros por la satisfacción que nos sacude.

Alegar que descendemos de familias nobles, no es tan grandioso como que se acuerden de nosotros con nobleza.

Desde mi pintoresca cabaña en San Nicolás Ayotengo donde recibí como primera caricia el beso primaveral de la libertad, teniendo como único compañero de mis alegrías a mi corazón bien puesto y siendo mi único ideal la regeneración de mi raza; idea esta que desde mi temprana edad germinaba en mi cerebro y que yo acariciaba como

la más bella promesa de mis esperanzas, llena como estaba mi alma de todas las bellezas, de todas las excelsitudes y como en mi cerebro germinaban pensamientos muy grandes, por eso siempre he caminado siguiendo mis ideales por el camino recto de lo noble y lo sublime.

Al desprenderme de la niñez entré a la pubertad sumido en las negras tinieblas de la ignorancia, pero en el fondo de mi ser existía la chispa que más tarde produciría un voraz incendio formando una grandiosa hoguera en donde se consumiría la tiranía, abyección y despotismo de todos los tiranos que habían emponzoñado mi corazón, robándome la herencia de mis antepasados.

Tenía valor.

Yo comprendo que el valor consiste en esa cualidad mental que es la causa de que afrontemos sin temor las situaciones y la seguridad de que cualquier cosa que emprendemos está ya terminada en lo absoluto y en que las apariencias dependen de nuestra fidelidad en seguir impeliendo el trabajo hacia la parte externa para que se complete.

Las grandes empresas de la vida son forjadas por las metas poseídas de un valor que supera a los obstáculos y a la oposición que las opiniones comunes y corrientes sacan de las tradiciones de la ignorancia. Lo más rico que el mundo posee, lo que deveras vale la pena y su progreso más grandioso, se ha adquirido en medio de las protestas de los sabios, los cuerdos, los aptos y de los que se han tenido por poderosos. El explorador del pensamiento arranca la causa secreta de lo invisible; la reviste con palabras; la adorna de promesas y luego nacen los adeptos de la idea nueva; le da forma en el acero, la torna en un método para ahorrar la mano de obra y el mundo acepta el producto como bueno desde el momento en que el valor del descubridor le abre paso a su invento y lo coloca entre las mentes de los demás.

Afortunadamente el escepticismo, o sea la duda de nuestras mentes, es menos ahora que en épocas pasadas. Hemos sido obsequiados con tantas maravillas substraídas de lo invisible que en los actuales tiempos muy pocos son los sabios o los profetas que arriesgarían su reputación con un "ya no se puede ir más allá", en lo que

se refiere a los productos de la mente y a las facultades de que está rodeada en el reino de la naturaleza humana.

Los grandes libertarios prevalecen por sobre la ignorancia de las creencias tradicionales, por sobre el despotismo, la fuerza, el terror y las inteligencias prostituidas que se ponen a la disposición del oro, y sus ideas triunfan a pesar de la labor intensa que en su contra se desarrolla con toda clase de obstáculos, de miserias. Los libertarios son los que plantan el germen de la hermandad universal y esta crece lozana y se ensancha más cada día, debido al valor de la mente que arroja la idea a la luz del mundo. Su valor se desprende con el entendimiento del desinterés personal, lo que hace que el Universo opere en ellos y los dote de fuerzas extraordinarias, es decir, cuando dirigimos la fuerza mental por conductos que constan de naturaleza desinteresada da por resultado que lo personal, las comunidades y aun las fuerzas universales armonicen con las ideas sublimes.

El valor del Divino Maestro fue grandioso cuando lanzó al mundo la idea de que el hombre no vino para ser servido sino para servir.

El valor de que se rodean las miras personales, las preferencias y las determinaciones transforman las energías de la mente en una obediencia a la naturaleza que hace que las adquisiciones justas sean posibles. Esta es la clase de valor que hace del hombre un conquistador, le da fuerzas, le inspira para concebir la idea y le proporciona ánimo, con lo que se transporta al campo de los hechos.

Los héroes jamás se sienten extraños a los honores que se les tributan por razón de que los han devengado. Empiezan a desarrollar el valor por grados, primero que todo dentro de sí mismos, delante de un pequeño grupo, después ante la comunidad, son de los que tienen fe en la mente, en su alma, en la de las cosas y en la de los demás, se atreven, se entrometen.

La hipocresía es un simulacro de valor, “echadas”, anuncios baratos de las gentes que valen poco y que tienen una mentalidad sumamente corriente. Todo lo que deben de hacer es sumamente

grandioso, es bello y heroico. Debemos de producir el heroísmo del valor en las cosas de estimación trivial, lo mismo que lo ejercitamos en las ocasiones raras cuando todo el mundo contempla y aplaude. La Naturaleza y el Universo son eternos espectadores de todos y cada uno de nuestros actos, quien quiera que lleve la medalla del valor la recibe de las manos del Creador y el que es, es porque se atreve.

La vida no tiene favoritos ni admite recomendaciones y las fuerzas universales están siempre dispuestas a que hagan uso de ellas Pedro, Juan o Antonio, lo mismo que ayudar a los que quieran hacerse de fama haciendo uso de los artículos de la naturaleza con mayor empeño, con fe verdadera y confianza en sí.

La manera de cultivar la cualidad del valor consiste en educarnos a vivir dándonos cuenta de las fuerzas divinas, o sean las naturales o espirituales, siendo de vital importancia que recordemos el hecho de que nosotros somos los que labramos las condiciones por las que atravesamos en la vida. Las altas y bajas de nuestras adquisiciones son efecto de nuestra fe, de la inconstancia del sostenimiento de nuestros pensamientos o del abandono de los que habíamos tenido.

El valor nos indica que todas las cosas están sujetas a la mente, que mientras no desmayemos, el éxito estará con nosotros. Nos dice también que los trastornos de la vida son experiencias necesarias para el progreso, así es que hagamos porque las verdades siguientes se apoderen de nuestras mentes repitiendo las frases constructoras que a la letra dicen:

"No hay poder que pueda evitar o interponerse en mi progreso"
"La substancia de la inteligencia cede y obedece a mis deseos"
"El valor de la Sabiduría Divina me corresponde"
"La Fuerza Universal que opera a través de mi ser triunfa y siempre sale victoriosa"

Hay que hacer esfuerzos hasta más no poder y luego empujar algo más todavía, porque el que persiste tiene que vencer.

Empecemos que en lo de adelante no habrá tanta dificultad.

Hay muchos que se desarrollan con las responsabilidades, mientras que otros lo único que logran es inflarse

Yo era en la época que nos ocupa un pequeño pastor, que pretendía deleitar a mi rebaño con los sones de una flauta de carrizo; y era esta la revelación de un carácter tan firme como las montañas que rodeaban mi cabaña, que como en un islote flotante pasara las horas sobre una laguna encantada. Fue la manifestación más elocuente contra la ignorancia. Cuando abandonando el rebaño busqué la ciudad y en ella a los conculcadores de la libertad del pueblo, fue una energía incontrastable contra el error, y por eso mi primer aprendizaje me sirvió para rebelarme contra toda tiranía.

Si a mi cerebro no lo iluminaba la antorcha de las letras, a mi espíritu lo animaba la Justicia y el Derecho. Y como el Ave Fénix me levantaba a la vida resurgiendo de mis propias cenizas, enfrentándome a los científicos sin conocer siquiera el alfabeto, pero con una fe inquebrantable y con un gran caudal de conocimientos de la lepra humana: mi corazón atesoró cuanto de noble existe y mi carácter se modeló en la más augusta de las virtudes, en la libertad y autonomía de mi raza, a la que desde entonces juré defender en todo y contra todos los tiranos con mi frente levantada y siempre escudándome en la ley; he resistido todos los combates, con toda serenidad y con la firmeza del deber cumplido.

La recepción esconde su vergüenza; y el pueblo que es el legítimo mandatario triunfa, y como si no fuera suficiente esta victoria, los oropelescos tronos de los tiranos crujen y se desploman destruidos por la catapulta de la opinión. Los montones de oro acumulados por los bandidos, a costa de lagrimas y sangre, se esfuman como el humo de los volcanes en medio de rugidos ensordecedores y en diabólicas contorsiones de rabia y desesperación por su impotencia, y nuestros hogares y tierras tan descaradamente robadas por viles y miserables salteadores de encrucijada vuelven a nuestro poder arrebatados por la justicia a los ricos latifundistas que los obtuvieron

validos de la fuerza y de una manera traidora e ilegal; nos son devueltos por la tajante espada de la justicia, que después de la lección y del castigo nos da el merecido premio de nuestra abnegación, nuestros afanes y desvelos.

Nuestro pueblo se levanta y nuestra raza se ha salvado recobrando su libertad y su decoro, por eso con todos nuestros alientos de patriotismo, al recordar nuestro pasado, que como una visión dantesca pasa por la pantalla de nuestra vida, rindamos jubilosos nuestra ofrenda de admiración ante la egregia figura de aquel redentor de nuestro pueblo, del Apóstol y Mártir de la Democracia Francisco I. Madero.

Si tenemos el deseo de vencer en la vida y de hacer algo que valga la pena, debemos de empezar por adoptar el modo de la prosperidad, cultivemos el porte de los que se abren paso, la apariencia de los que todo lo allanan.

Caminemos erguidos, hablemos con entusiasmo y en general obremos como lo hacen los que gozan de comodidades; porque de lo contrario estaremos combatiendo en contra de nuestros propósitos y de nuestras esperanzas. Si hemos de representar en debida forma lo que nos proponemos hacer, hagamos uso de un lenguaje adecuado, de maneras finas y correctas, expresándonos con liberalidad, con soltura, con bríos y entusiasmo, pues si en lugar de adoptar una actitud agradable nos presentamos con el semblante agriado, quejándonos o malhumorados podemos darnos por vencidos desde luego.

El porte, la conversación, el desplante, nuestra conducta y los pasos que demos deben de ir de acuerdo con las miras que ambicionamos, pues todas estas cosas son una ayuda para el éxito y por ningún motivo debemos dejar que pasen desapercibidos.

Las gentes nos estiman, nos valorizan, nos aprecian y nos juzgan por nuestra manera de pensar y de ningún otro modo más palpable indicamos lo que somos más que en la manera de caminar, en los movimientos y en nuestro porte. Por medio del paso desplegamos si somos enérgicos; en la manera de caminar se reflejan nuestras ambi-

ciones; en el modo de andar vemos quién tiene valor, quién tiene voluntad y quién goza de firmeza o bien todo lo contrario de estas bellas cualidades.

Los inteligentes nos lanzan una mirada escudriñadora y toman cuenta de lo que somos casi con precisión y si somos "densos"; como diría uno de esos "rancheros agudos" en el ingenio, desde lejos "nos miran, nos tantean y nos pesan".

Si somos de los que nos decidimos poco a poco; si no podemos resolvernos a ejecutar lo que hay que hacer; si todo lo queremos dejar en condiciones de que podamos tomarlo nuevamente en consideración, las gentes lo echarán de ver en nuestra manera de caminar, en la firmeza o en la languidez del paso, en la decisión o en las vacilaciones de nuestros movimientos. El aire, el porte y el paso que adoptemos es un heraldo que nos anuncia por los cuatro lados como victoriosos, como conquistadores o bien como inútiles o como fracasados.

Uno de los encantos más hermosos que podemos adoptar es ese hábito de pasar por el mundo dejando la impresión de que tenemos que triunfar, de que ganaremos y que en todo hemos de prosperar, que tenemos que llegar a ser "alguien", que nos hemos de poner de parte de lo que más valga en el mundo. Es una grandísima ayuda que los demás piensen que somos de los que podemos. Hagamos por posesionarnos de estas bellas ideas en todo lo que emprendemos, en la conversación, en la manera de presentarnos y haremos que las gentes digan: "ese puede", "mírenlo, ese va a llegar a ser algo".

Si somos víctimas de la indecisión; si la vacilación nos corre por las venas; si nuestra maldición es la morosidad, hagamos un esfuerzo por mejorar el paso; por ser expeditos en nuestros movimientos. En lugar de caminar jorobados, cabizbajos, arrastrando los pies y con un paso lento e irresoluto, enderecémonos, démosle expansión al pecho, llevemos la cabeza erguida, caminemos con determinación y fe en el porvenir, con vigor en la mente y con el tiempo de seguro que empezaremos a obrar correctamente en todos nuestros actos, leamos

libros que nos inyecten energías, que nos hagan producir valor, que nos empujen hacia el progreso.

El mundo era antes un desierto y el trabajo lo ha tornado en un Edén. . .

Contemplad a los niños, ved cuan bella
Es la breve mañana de la vida;
Quién no deseara retornar a ella,
Cuando miró su juventud perdida.
Quién no deseara rico de experiencia
Empezar otra vez la ingrata senda:
Y de errores salvar a la inocencia
A la vejez llevándola en ofrenda
Y poder decir a la que un día
Con castos besos el dolor arranca
Aquí me tiene ya ¡Oh madre mía!
Blanco el cabello y la conciencia blanca.
¡Oh! Tiernos niños que marcháis ligeros,
Voluble el cuerpo y sin quietud la mente:
¿Qué seréis en los años venideros,
Cuando el mal os encuentre frente a frente?
Risueña juventud, gozo y tristeza
Experimento al ver vuestra alegría
Y es que pienso que acaso la pobreza
Vuestra sonriente faz pondrá sombría.
O acaso en lucha horrible, como fieras,
Disfrutaréis las pompas mundanales
Olvidando las horas placenteras:
En que pobres y ricos, son iguales.
Cuanto gozo mirando vuestros juegos,
Iguales todos sois sin distinciones,
No conocéis vosotros que sois ciegos
Para ver de los hombres las pasiones.

Lo mismo es un harapo, que un abrigo
De seda, de algodón o terciopelo.
Hacéis bien en llamar al pobre amigo
Y mostrarle cariño sin recelo.
Que si os abriga diferente manto
En el cuerpo y el alma sois lo mismo,
Amaos como hermanos sin quebranto
Y acabad con el pérfido egoísmo.
Ya abandonaste el campo de batalla,
La escuela permanece abandonada
Y colgada la toalla en la pizarra
Semeja una bandera mutilada,
Ya no se escuchan vuestras risas francas,
Cesado de girar han las esferas
Y enfiladas en dos tienen las bancas
El aspecto de inútiles trincheras.
El último problema ya resuelto
Quedó en el pizarrón, medio borrado
Y el lápiz de gis, al suelo vuelto
Como último cartucho disparado.
Observad el reloj, pende callado,
Haciendo gesto desdeñoso y frio;
Semejando el cadáver de un ahorcado
Que flotando colgara en el vacío.
Pero mañana tornaréis y entonces
Al son del estudio que aletea,
Vuestros útiles mil serán los bronces
Que os llamen a la justa de la idea.
La ciencia y el trabajo no perecen,
Id a la escuela y hallaréis la fuente
Donde todos los niños se enriquecen;
Pues sólo es rico el que es inteligente.

Y el que es asiduo en su labor constante
Y vence el mal con su grandeza de alma,
Levántate niñez, sigue adelante,
No descanses, no, ni un solo instante.
Id a ese templo inmortal, donde la ciencia
Predica al mundo con potente acento,
La hermosa libertad de la conciencia,
La hermosa libertad del pensamiento
Prosigue con valor, emprende el vuelo
Del águila que habita en la montaña,
Explorad las estrellas en el cielo,
Y la ingente natura en la cabaña.
Averiguad del sol por qué le presta
Sus variados matices a la aurora,
Y del eco pertinaz, por qué contesta
Al grito de febril locomotora.
Al agua, preguntadle por qué ondula,
Por qué baten al mar los aquilones,
Y al pardo ruiseñor, por qué modula
De noche sus dulcísimas canciones.
Inquirid del placer por qué se esconde
Cuando la decepción llama a la puerta,
Y al interno dolor, por qué responde
Con un adiós a la esperanza muerta.
Todo sabedlo, averiguadlo todo;
El medio, lo palpáis en vuestras manos
Y así nunca seréis parte ni todo
El azote pueril de los tiranos.
Y así el mundo ilustrado, transitando
Por la senda del deber y del progreso
Caminará adelante anonadando,
La influencia del error y el retroceso,

Y tu nombre brillará ante las naciones
Pregonando al final de tu victoria
La ciencia y el trabajo, por pendones
Coronada tu frente por la gloria.

Capítulo tercero.
El hampa y el vicio

Apartándonos con ira del campo de la justicia escrita, volvamos la vista al campo de los hombres y encontraremos que en la época que nos ocupa, los jueces eran gentes perfectamente identificadas con el íntimo interés predicado por las leyes inmorales, fáciles a la seducción del poder y del oro, inflados con la clásica hinchazón del sapo, ciegos a fuerza de costumbre y obedientes a fuerza de tener amo...

Amargamente recuerdo cuán amarga fue la exclamación de Juárez al responder al pueblo que lo felicitaba por lo acertado de sus legislaciones: "Yo no he dado a los mexicanos las mejores leyes; les he dado las mejores leyes que ellos pueden tener." Y deducía que era, pues, fiel la expresión que dice: que los pueblos tienen las leyes que se merecen, en tal virtud y en apoyo de este aserto, ocupaba por entonces la primera magistratura del Estado de Hidalgo Rafael Cravioto, hombre relajado de pésimas costumbres, de temperamento afrodita, que regaba hijos a diestra y siniestra, teniendo por única religión y norma este aforismo: "Todo lo que tienes delante de ti es tuyo y creced y multiplicaos", y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo se plantó de Gobernador en nuestro infortunado Estado y para mayor desventura dirigió su hosca mirada hacia el pueblo de San Nicolás Ayotengo, posesionándose como dueño y señor de vidas y haciendas en la Hacienda del "Zoquital", quedando desde entonces la citada hacienda convertida en la mansión del dolor y en terror de todos los vecinos comarcanos. Puesto de acuerdo Cravioto, con sus congéneres, los dueños de la Hacienda de Huijaxtla, se convirtie-

ron en el terror de toda la comarca, sacrificando infinidad de inocentes, villanamente asesinados en los trabajos llevados a cabo en los lugares de lo que él llamó "SU FINCA". Ordenando la incautación de todos los bienes muebles e inmuebles de todos los habitantes de esa comarca, quedando yo, por desgracia, aprisionado dentro de ese inquisitorial círculo de muerte y sujeto a ganar SEIS CENTAVOS POR DOCE HORAS DE TRABAJO, en la Hacienda del Zoquital.

Por regla general, la desgracia de la vida no nos viene como efecto de una gran tristeza o de grandes acontecimientos, sino más bien como resultado de temores pequeños, de preocupaciones y de la manera poco sabia de salirles al frente, pues la actitud que asumimos hacia las circunstancias con que tenemos que confrontar en las sendas de la vida es de gran importancia.

Hemos tenido el hábito de la queja, la murmuración y el refunfuño cuando las cosas que suceden no son de nuestro agrado. Tenemos la costumbre de ver aquello que nos es adverso como si fuera un enemigo nuestro que tiende a obstruirnos el adelanto y el mejoramiento. Mientras que nuestro deber consiste en apreciar de manera amistosa las circunstancias que nos hemos atraído; recibirlas como ricas lecciones que nos brinda la experiencia.

Debemos de cambiar los nombres que les hemos dado a los acontecimientos y lo que antes llamábamos obstáculos; en lo futuro hablemos de ellos como oportunidad, porque de otra manera estaremos perdiendo nuestra fuerza y nuestras energías en vanas tristezas sobre los errores que hayamos cometido en el pasado, en lugar de utilizarlas para resolver los problemas del presente de los que tenemos a la mano y que son los más apremiantes.

Empecemos desde luego a encauzar las fuerzas de la vida por una dirección adecuada y propia. Todo ser viviente tiene la facultad de escoger y está a nuestro alcance el seleccionar lo mejor y lo más elevado.

Las penas que siempre siguen a la violación de los principios establecidos por las leyes naturales, no tienen el carácter de vindica-

ción, sí más bien son de enseñanza, nos sirven de guía para indicarnos el mejor camino y el modo feliz de apreciar las cosas de la vida. Cada experiencia es un peldaño si nos resolvemos a acomodar de modo de utilizarla como una oportunidad. Dios es el gran principio de la verdad que trabaja eterna y continuamente para que el desarrollo perfecto del hombre llegue a su feliz término, cada resultado que tenemos por más adverso que nos parezca es el efecto de las leyes de la naturaleza preparado de antemano para lo que nos concierne; son los designios sapientísimos del Creador.

Las leyes naturales del desarrollo son benéficas, debemos de hacerles frente a las situaciones, conquistarlas por medio del conocimiento de estas leyes. Cada experiencia es un desarrollo de esa perfección divina, que es inherente en cada individuo; es el resultado de su salvación.

Dios, el gran arquitecto del universo, el creador, la naturaleza es la que ha colocado la base fundamental de estas leyes, la que ha implantado el orden armonioso que en todo tiende hacia el cumplimiento de las mismas.

Reconcentrando todas las ideas de que podía disponer a la edad de ocho años, me ponía a reflexionar, ¿qué era entonces lo que había que reformar?... ¿Las leyes o los hombres? Y mis meditaciones me llevaban a la conclusión de que siendo los hombres inasequibles a un intento reformista, debía adaptarme a la necesidad del momento, en tanto se educaba al medio para hacer sentir la necesidad de elevación, porque si en esos momentos hubiera externado mis ideas, se me hubiera tenido como un loco de atar y nadie me hubiera hecho caso; en la firme convicción de que por entonces la justicia era simple y sencillamente un personaje de fábula, una fantasía de los poetas, y una cosa enteramente antagónica de las personas de sentido común.

Si los hombres son malos, si odian la justicia, si son reacios a toda idea levantada y noble, no debe de importarnos, y si no quieren el bien por el bien mismo, lo querrán a fuerzas.

Y mientras el Gobernador del Estado, muy lejos de gobernarlo, lo desgobernaba, celebrando el triunfo de su rapiña en una constante bacanal, rodeado de asquerosas concubinas y el tintineo de las copas de ambarino y espumoso champagne, pensaba yo, que para ser administrador de la Justicia, salen sobrando las sofísticas elucubraciones del tinterillo; están por demás los escarceos legales y los camelos jurídicos. Para ello basta con ser justo, con tener el valor de las convicciones propias y saber sostenerlas contra todo y contra todos. El servidor de la justicia debe ser como es ella, ágil, serena, inevitable, fatal, pero siempre salvadora, y por consecuencia estar basada en esta sublime sentencia del Divino Crucificado: "Lo que no quieras para ti, no quieras para otro."

La falta de ánimo es una enfermedad que de tiempo en tiempo nos ataca y nos hace víctimas de su veneno. Sucede con frecuencia, que algunos jóvenes precisamente en los momentos de llegar a la cúspide de sus ensueños y de sus actividades, que gozan de grandiosas perspectivas y que solo les falta vencer un obstáculo más que les viene para que fortalezcan su fe, repentinamente se desalientan, el mal les ha atacado por la parte más sensible, se les ha introducido por la mente.

Mientras tengamos vida sin que nos importe la edad, podemos apoderarnos de valor así como de las esperanzas perdidas. Podemos desechar el temor, las preocupaciones, las tristezas y todas las demás armas de desaliento que son los enemigos de la prosperidad, los que combaten contra la felicidad, lo podemos hacer reclamando la herencia divina que nos corresponde y dándonos cuenta de que formamos parte del Creador.

Dios jamás ha hecho cobardes para que corran ante las dificultades, eso si acaso serán hechuras satánicas de nuestros diabólicos pensamientos. El hombre fue hecho para dominar, fuimos creados para gozar, para encararnos con el mundo y jamás llorar. El éxito fue hecho para nosotros y si fallamos es porque en medio de la lucha por la vida nos hacemos cobardes, pues la falta de fe es una cobardía.

No importa la depresión que nos aflija, ni las dificultades con que tropezamos, pues si apelamos a nuestras fuerzas internas ellas nos indicarán el camino de la salvación.

Al contemplar yo a esa chusma de rufianes que en el efímero reinado de los Cravioto, infestaron los bufetes y juzgados en los tiempos del dictador Porfirio Díaz, pensaba yo en que mi pueblo, lo único que necesitaba era justicia; pero una justicia pelona, sin citas de artículos estrambóticos que más parecen recetas de cocina que conceptos de la legislación de un país con gentes cultas. Sin aparatosos preparativos, sin fastos, sin gritos. Ya lo dije, justicia pelona.

Al exhumar del interior de lo que fuera iglesia en mi pueblo, iglesia que fue demolida por la troglodita piqueta de Cravioto, las innumerables osamentas que en confusión macabra se revolvían sin distinción de sexos ni edades, osamentas en las cuales se ven, para eterno baldón de nuestro Estado, las huellas de las balas fratricidas; al ver esas calaveras que con una terrible mueca de desprecio para la humanidad lanzan para sus victimarios la pavorosa y estridente carcajada del silencio y repercutir como una blasfemia, pidiendo para todos sus asesinos la maldición de Dios.

Y al remover esas osamentas reveladoras de la miseria humana, pensaba yo que ya era tiempo de que vinieran hombres nuevos y se entregaran a buscar el origen de nuestros males en todo ese fárrago de mentiras elevadas a la categoría de mandamientos, que se les extraiga la buena esencia y se tire el bagazo a los estercoleros del olvido. Tranquilamente, audazmente, hay que curarnos la lepra que nos come el corazón y acaba con nuestros buenos sentimientos. Ya no queremos dictadores, queremos justicia.

Esta magna revolución, a pesar del tiempo, a pesar de los odios, a pesar de la ancestral pereza que es principal enemigo, nos la dará. No hay duda, ni que ponerlo en tela de juicio. Las duras enseñanzas recibidas harán ver a los hombres de hoy todo el negro pasado, toda la maldita herencia que nos legaron los gobiernos dictatoriales, para

precaverse de ello y poder, limpios y grandes, arribar a la cumbre ideal de la redención.

Trabajemos intensamente por difundir la idea de que sin justicia, aunque ella sea bien relativa, no se puede existir. Divulguemos la teoría de que la educación preparará el terreno para que mañana nuestros hijos puedan tener al frente del gobierno y como representante de los pueblos a hombres idóneos, honrados y de buena fe, y por de pronto conformémonos con la esperanza de quedar iniciados en el camino del adelanto y el progreso.

Mientras tengamos por gobernante a un hombre prevaricador, a un torcedor de los serenos juicios de la equidad, la mala semilla de las convulsiones no se habrá extinguido.

La injusticia podrá imponerse un año, dos o treinta como Porfirio Díaz, pero al fin, la fuerza incontenible de la vida, las actividades humanas deseosas de volver por los fueros del bien colectivo, habrán de alzarse soberbias, amenazantes como una negra montaña de cóleras y de matanzas, para derrumbarse sonoramente sobre el altar abyecto de la inmundicia.

La labor sin conciencia de los gobiernos torpes es siempre el lado débil y descuidado por el cual se escapa la avalancha de represalias reivindicadoras. No importa que haya inmorales profanadores de la virtud, mientras no nos falten carabinas para fusilarlos, o al menos, quede un árbol que ofrezca sus ramazones para izar en ellas el cuerpo de un judas ahorcado.

Y esta lucha en que estamos empeñados tiende a eso, al logro universal de la justicia dentro del derecho, donde todas las actividades sean aprovechables y todas las aspiraciones sientan alientos de llegar a la cumbre. Esta es mi creencia, lleno de fe en el porvenir de mi raza, espero, espero el auge de la verdad, y si el camino es largo, y si la senda es espinosa, tanto mejor, pero yo no me estaré quieto, no cejaré en mi empeño, hasta que no tengamos justicia.

Trasladémonos por un momento y aunque sea de una manera somera a las mazmorras del Zoquital.

Había, bajo el "reinado" (?) de Cravioto I en la ciudad de Pachuca, un sultancillo de segunda categoría, con respecto a obediencia, pero con respecto a la negrura de su alma, era enteramente igual a la de su amo, su nombre demuestra a las claras y de una manera perfecta y bajo el nivel en que se encontraba este aborto de la imaginación de Dante y que era el Can-Cerbero del Zoquital: se llamaba "LA COYOTA". Era este un ser abyecto que, en diabólico contubernio con su amo, mandaba para el Zoquital todos los hombres indispensables para ejecutar los trabajos llevados a cabo en dicha hacienda, era este el llamado Jefe Político; para él no había poder humano que lo salvara; lo sentenciaba a treinta días y vuelta en la hacienda del Zoquital. Ya podía el desdichado que recibía esa sentencia, hacer su testamento y despedirse de su familia; pues era como si recibiera una sentencia de muerte. En medio de una escolta de esbirros formada en su mayor parte por bandidos, que se afiliaban a las filas para poder eludir la acción de la justicia. Eran estos los fieles lacayos de que se valía "La Coyota" para lamer la asquerosa bota de su amo.

Los infelices que tenían la desgracia de ir al Zoquital, desde su salida de Pachuca, comenzaban un continuo ayuno, puesto que no se les daba alimento alguno y sin permitirles que hablaran con sus familiares. Al otro día de llegados al Zoquital, después de dos días sin comer, eran socorridos los presos con una bola de masa (maíz molido con agua), esta masa estaba cruda y era la bola del tamaño de una naranja, alimento que tenía que servirles para veinticuatro horas y siendo su trabajo tan rudo, que el hombre más fuerte rara vez resistía la fatiga y los capataces armados de viriles de toro con alma de acero golpeaban sin piedad a los presos, y la menor protesta, la más leve queja, era motivo suficiente para que una traidora bala por la espalda segara aquella existencia en medio del dolor y de la desesperación y con la blasfemia en los labios para sus verdugos.

Como quedaba este fatídico lugar sobre el camino que conduce para la sierra, tenían que pasar por el citado lugar infinidad de viajeros que, sin imaginarse el peligro que corrían, pasaban por dicha

hacienda en la que diariamente y al borde del camino había varios rufianes pagados expresamente, para que cuanta muchacha bonita de la edad y categoría que fuera y pasara por ese camino, fuera detenida y conducida al interior de la hacienda, para cuando llegara "El Amo", pagara con su candor y su pureza el justo pago a su atrevimiento por haber hollado con su leve planta la augusta mansión de sus mandatarios, y desgraciado del padre o del hermano que protestara por tales actos, porque en medio de una lluvia de improperios y golpes era conducido a las mazmorras de dicha hacienda, de donde no volvía a salir con vida, y en medio de la angustia y las tinieblas era asesinado como un perro, a palos, con el único objeto de ahorrar parque, solamente cuando por casualidad había algún esbirro piadoso lograban que se les diera un balazo, que por una ironía del lenguaje, llamaban tiro de gracia. Y cuando la bestia humana, hastiada, después de haber destrozado la honra de aquella mujer quedaba embrutecido por el alcohol, salía su víctima manchada de lodo, con el corazón destilando sangre, sin padre que defendiera su honra o sin hermano que la protegiera contra sus verdugos; y con los ojos anegados en llanto clama al cielo, pidiendo justicia, porque la justicia de la tierra no es más que un mito, es una burda mentira, no es sino una estratagema de los hombres para cubrir sus faltas, es una fantasmagoría de la humanidad. La justicia está muy alta, está allá arriba... está allá arriba.

Si queremos sustituir la discordia con la armonía, la ignorancia con la sabiduría, el error con la verdad, la pobreza con la prosperidad y la desgracia con la dicha, lo podemos hacer pensando de manera correcta, porque todo consiste en la mente; la actitud mental que por hábito asumimos; lo que nos viene en la vida es el producto de nuestros pensamientos. El pensamiento es la semilla; la cosecha tiene que ser el resultado de la clase de semilla que se ha sembrado y tiene que ser como la semilla. Si sembramos semilla de discordia levantaremos una cosecha de discordia, si sembramos semillas de errores la cosecha se multiplicará de errores; si sembramos pobrezas y desgracias esa

será la clase de cosechas que necesariamente levantaremos. El pensamiento es siempre la semilla y si queremos cultivar la abundancia, en la felicidad y tranquilidad que por derecho nos corresponde. Si sembramos semilla de pensamientos adecuados levantaremos una cosecha que concuerda exactamente con la clase de semilla que hemos sembrado.

Los grandes dolores y sufrimientos son los que nos despiertan sentimientos enaltecedores, los que nos encausan por la vía anchurosa del engrandecimiento, los que nos sacuden mentalmente hasta no dejar en nuestro ser un átomo de polilla. Hay infinidad de sufrimientos que hacen que la vida revolucione, nos enseñan a apreciar bajo un punto de vista victorioso, nos ayudan a encararnos con los contratiempos, nos dicen como desplegar valor, cómo tener confianza y cómo producir seguridad. Nos despiertan las fuerzas internas que inspiran la resolución para ascender a puestos más elevados y nos indican que curan la timidez, acaban con las vacilaciones, proporcionan empuje y dan suficiente arrojo para que acometamos lo que tanto hemos deseado. Hay dolores que alientan el valor y aumentan la confianza en sí mismo de una manera asombrosa, los hay que nos invitan a que hagamos un intento, nos convidan a que demos principio a lo que por tantos años hemos estado vacilando en atacar. Los hay que nos proporcionan alientos nuevos para seguir adelante cuando hemos perdido las esperanzas y nos hemos decidido a dar media vuelta.

De esta clase de sufrimientos y dolores son en los que he profundizado mis estudios y sus resultados han sido asombrosamente maravillosos. Sé de muchos que los han aplicado a la política y de personas humildes que eran han ascendido a los puestos más prominentes, sé de algunos que los han aplicado a la guerra y el que menos ha llegado a General, personalmente he aplicado sus doctrinas para salir de las prisiones y las puertas se abrieron.

He seguido observando muy de cerca el efecto de tan sanas doctrinas en personas de las que tienen por escasas de intelecto, por los

faltos de ilustración, por los cortos de carácter y me he convencido de sus grandiosos resultados, he visto de los que en sus venas corre lentamente la morosidad se han tornado en activos. Los rudos golpes del destino hacen que los paralíticos mentales recobren sus perdidas energías, que los que vacilan, los que sencillamente sienten horror para decidirse a cualquier cosa se tonifiquen y lleven a cabo determinaciones que dejan perplejos a sus amigos y parientes. Despiertan valor en los tímidos para que por sí solos se empujen hacia el frente y cambien de manera de pensar.

A la "Coyota" la remplazó el no menos célebre por sus crímenes Miguel Álvarez, este es el más esclarecido ejemplar de esos hombres que llenaron de luto y de miseria hogares honrados, era uno de esos canallas que por sus acciones rufianescas y sus crímenes inauditos perduraron en el tiempo, como perduran en la memoria de tantas víctimas como hizo el cómplice irredimible de la tiranía.

Miguel Álvarez, abusando de la posición a que lo llevaron sus infames instintos y en vil concordato con Francisco Hernández, aprehendía a ciudadanos pacíficos a quienes amenazaba con mandar al "Contingente" y luego los vendía como bestias de carga al abominable negrero Pedro Tresgallos, negrero del estado de Veracruz, por conducto de su hermano Rafael, agente especial de ese maldito comercio de carne humana, que horroriza a la civilización y salpica de cieno moral.

Puedo citar para oprobio de aquella época a la que sirvió Miguel Álvarez, y en la que culminó como traficante de hombres, el caso de Manuel Cravioto, a quien él (Álvarez) ¡VENDIÓ EN CINCUENTA PESOS! Y he allí la terrible sentencia de que: "Las faltas de los padres caen sobre los hijos."

Manuel Cravioto, al ser conducido a Yucatán, fue rescatado en Córdoba por un hombre generoso.

Vendió también, entre otros muchos, a Julio Espinoza, a quien siguió su madre, consiguiendo rescatarlo en Córdoba en la cantidad de trescientos pesos.

Se dio el caso de que una mala mujer que vivía en amasiato con un individuo que la maltrataba mucho, ocurrió a Miguel Álvarez para que "lo desaparecieran". Álvarez no se hizo del rogar, aceptó la proposición que se le hizo pidiendo por el servicio veinticinco pesos y recibiendo inmediatamente diez pesos como señal de contrato. Aprehendido dicho individuo para que desapareciera y amenazado por Álvarez, le propuso a este que lo dejara en libertad, lo que aceptó Álvarez, por la cantidad de veinticinco pesos; como la mujer no quedara conforme puso su queja con el Gobernador, habiéndole contestado este que Álvarez era un buen empleado y no quería molestarlo.

Mariano Islas, suegro de Miguel Álvarez, fue asesinado, según se asegura, por este último para apoderarse de unas acciones mineras... Miguel Álvarez abandonó a su legítima esposa, después de haberle gastado todo su dinero, para unirse en amasiato con otra mujer.

Miguel Álvarez, por orden de su amo y señor Francisco Hernández, mandó apalear al profesor don Francisco Noble y a su hija Altagracia en el camino de la Hacienda de La Concepción. Miguel Álvarez hizo también sus víctimas a algunas compañías mineras cobrándoles los sueldos de algunos guardas, sueldos que el gobierno era quien los pagaba, y ese robo lo hacía Álvarez con autorización del mismo gobierno. Miguel Álvarez ha referido públicamente que robó mucho a las compañías de Zumpango y Orizaba haciendo aparecer trabajadores que no había y mayor cantidad de trabajo del que se hacía. Miguel Álvarez se apropió por la fuerza y anexó a finca de su propiedad una casa de la calle de Morelos de la sucesión Cano, contigua a un cuartel que en esa calle ha estado establecido. Miguel Álvarez defraudó el erario del estado haciendo figurar mayor número de soldados de los que efectivamente tenía, a quienes disfrazaba de tales en las festividades de la patria. Es público y notorio que los bienes que tenia Miguel Álvarez fueron obtenidos con dinero mal y hasta criminalmente obtenido. Es público y notorio que la noche del 15 de mayo de 1911, dejó Miguel Álvarez abandonada la ciudad de Pachuca y que a esto se debió en gran parte los saqueos que hizo el

pueblo de varias casas de comercio y los incendios y demás desórdenes que se registraron.

Para baldón imborrable de la historia de estos hombres, los hechos con que se les azota el rostro no son ni síntesis siquiera de los que bullen en su conciencia. La vindicta pública les grita y les pie una reparación, mientras los que con ellos fueron cómplices de tremendas infamias, buscan en las antesalas del gobierno emanado de la revolución que se les restituyan los bienes formados con las lágrimas y el dolor de los pobres y que consideran suyos. ¡SUYOS! Sabiendo que no tienen más derecho que el de responder en el banquillo del criminal de la ruina y la desolación de sus víctimas.

Es tan baja la lepra humana que acaso todavía pretendan estos vampiros de la sociedad que se confisquen las pequeñas propiedades de los que los acusan, que se vendan los terrenos que se escaparon a su avaricia, que las viudas vendan su carne y su vergüenza y que con todo eso se les pague y se les indemnicen los daños que la revolución les ha causado. Pero las víctimas se incorporan, la justicia esgrime su triunfadora espada, hasta que las influencias, el dinero y el engaño no pueden ya sustentar una cabeza aureolada con tanta culpas. El tiempo no es la impunidad, es la tregua. (Todo lo asentado en este capítulo referente a Miguel Álvarez fue tomado del número 12 del periódico *La Reforma* de fecha 13 de octubre de 1915.)

Como esto podría citar infinidad de casos, para demostrar hasta la evidencia la desvergüenza y ambición de nuestros pasados gobernantes, que toleraban a todos estos vendidos precisamente porque los necesitaban para perpetrar sus crímenes... Pero la antorcha de la justicia revolucionaria, severa y majestuosa, se alza en su pedestal inconmovible para castigar crímenes y exigir responsabilidades a los que tras de negras manchas tratan hoy de eludirlas, viene luego la mañosa y pérfida simulación de conductas odiosas y viene el disfraz carnavalesco y cínico a encubrir las pavuras del estro trágico de la canalla dictatorial.

Los culpables y los cómplices en caravana ridícula acércanse a pedir piedad y olvido a la Revolución y con irritante desvergüenza imploran que se les apoye en su impunidad y se les proteja en sus intereses, cuando esas haciendas que hoy pretenden salvar de una justa restitución han sido multiplicadas por la capacidad y por el delito.

Al contemplar yo tanta abyección y desprecio para mi raza, evocando los manes de mis antepasados y teniendo por única arma una fe inquebrantable y por única coraza la ley, me lancé a la lucha enfrentándome a los tiranos.

Enemigo al frente

Seré yo de mi raza el clarín de sus victorias;
Cantaré sus leyendas, cantaré sus historias.
Con eco de cañones; y con ruido de espadas;
Y en tropel de corceles; con tus filas diezmadas.
Verás caer los tronos de los grandes señores;
Calmaré tus angustias, calmaré tus dolores.
De acero sean tus brazos, sean rayo tus pujanzas;
Que caigan los tiranos heridos por tus lanzas.
Oh raza de Titanes, aplasta a los reptiles;
¡Tú que con piel de leones fabricas tamboriles!
Recuerda de tus padres las leyendas gloriosas
¡Que en los pies del Rey Indio se cuajaban de rosas!
¡Oh! hijos de mi raza, hijos de héroes leones,
Forjada con el mazo de sus crueles cañones:
Pasado entre mi sangre; transformada en canciones,
Y mis tristezas en cantos sonorosos transformad
Y en un golpe de ariete lanzad sus corazones;
Hacia el sonoro abismo de la inmortalidad.

Capítulo cuarto. ¡Abajo la tiranía! ¡La ley gobernará al pueblo!

"Aliéntate hijo mío, hay que dar la medida", era el consejo que un padre daba a un hijo suyo, quien al presentársele alguna seria situación o problema difícil solía inclinarse al lado débil de todas las cuestiones.

Aliéntate hijo mío, hay que dar la medida es por cierto una frase sonora y tiempos hay en que aun los más fuertes necesitan de ella, es frase que contiene valor y podríamos tomarla como máxima adecuada para aplicarla a todos los asuntos de la vida. Bien merece que le pongamos un marco y la coloquemos en el lugar preferente de la oficina o donde quiera que trabajemos, de modo que nos sirva como un recuerdo constante que hay que tener alientos y que estar siempre a la altura de los acontecimientos.

Cuando logramos estar siempre dispuestos y siempre prestos a contestar la llamada, a reunir valor, y toda clase de recursos que nos sirvan de ayuda, habremos de salir avante sin que las dificultades del problema nos preocupen y jamás habrá situación que nos inquiete si como los hombres le salimos al frente y damos la medida.

La dificultad de todos los asuntos radica en que la mayor parte de nosotros no damos la medida en el momento supremo de la crisis. Cuando hay que confrontar con grandes responsabilidades, cuando las dificultades son extraordinarias y que los elementos fuertes se nos oponen, en lugar de dar la medida nos achicamos; o hablando más claro todavía, nos sumimos de manera miserable, materialmente nos desplomamos.

Mas si nos llegamos a dar cuenta de que la mente tiene poder sobre todas las cosas, que es superior a todos los obstáculos, que es grandiosa y que nosotros somos los dueños y señores de esta mente, nada de extraño nos parecerá saber que el hombre fue hecho para conquistar las cosas y los elementos y no para ser conquistado por ellos. Hay algo dentro de nosotros que es más grandioso de todo lo que existe en el planeta que habitamos, que está por encima de todas las circunstancias, de cualquier suerte o accidente de la fortuna, de cualquier situación o emergencia que se nos enfrente, y entre más usemos esto que tenemos dentro de nosotros, entre más lo ejercitemos y lo desarrollemos más fuertes nos tornaremos.

Si no tuviéramos problemas con que luchar y dificultades que vencer todos seríamos algo así como alfeñiques. Una calma chicha y perpetua en el mar, un tiempo sin borrascas nunca haría buenos marineros. La lucha con los elementos, abriéndonos paso por el mar tormentoso de las pasiones humanas, el embarcarnos cuando la tempestad arrecie y que intrépidos nos enfrentamos con el huracán de las pasiones sociales es lo que desarrolla en el hombre sus más brillantes cualidades.

Las grandes emergencias, las tremendas responsabilidades, los tiempos difíciles, la escasez de los dineros, las crisis comerciales, enfocando la mente para resolver los problemas de difícil solución, ajustando los medios para llegar al fin, haciendo esfuerzos para desarrollar ingenio y recursos con que hacer frente a las situaciones extraordinarias es con lo que se fabrica el material de que están hechos los grandes hombres.

Al ver a mi pueblo agobiado por los ricos terratenientes que sin corazón y de una manera arrebataban el de nuestros hijos, al ver que nuestro gobierno, o más bien nuestros representantes en el gobierno lejos de procurar por el bienestar y el adelanto del pueblo, buscaban su medro personal y pegados como fantásticos pulpos a las ubres del Estado, no tenían más preocupación que amontonar monedas de oro amasados con lágrimas del pueblo.

En la época que nos ocupa, un hombre llamado Porfirio Díaz era el representante máximo del pueblo mexicano, era este hombre un absolutista, un dictador.

Desgraciadamente con este mal gobernante se confirmaba el adagio vulgar que dice: "para que la cuña apriete, debe ser del mismo palo."

Porfirio Díaz fue un indígena dotado de mucha inteligencia, astuto, disimulado, y ambicioso en grado superlativo. Dejó los estudios por la revuelta y en poco tiempo el hombre de la violencia predominaba en él. En los caminos y las encrucijadas, desarrolló las cualidades y los defectos de la mayor parte de nuestros guerrilleros; el valor, la habilidad del engaño, sus ambiciones desmedidas y juzgándolo a través de su proceder de más tarde, de toda su obra de político, puede decirse con alguna lógica que Porfirio Díaz se lanzó a la revuelta para satisfacer su necesidad de engrandecimiento repentino, y lo colocaba tal vez en el camino de alcanzar aquella fuerza, no porque sintiera el ultraje inferido a la patria.

Andando los tiempos, se rebeló contra el gobierno legítimo, empujado a ello por el mismo deseo; podemos decirlo así puesto que encendió la guerra en nombre de la "No Reelección". Y una vez alcanzado el poder... ¡Se reeligió siete veces! El gobierno de Porfirio Díaz fue una larga serie de deslealtades y mentiras, un engaño perpetuo. Nadie lo superó en el arte del fingimiento y del fraude.

Mantuvo una dictadura de siete lustros, envileció al pueblo, deprimió el carácter de sus compatriotas y entregó nuestra República a la concupiscencia del extranjero. Opinó siempre, como los jesuitas, que el fin justifica los medios, y su fin, su aspiración, fue el poder. Lo movió siempre un inmenso egoísmo. Careció de escrúpulos y de grandes ideas.

Y estas palabras no son en mí las de la pasión sectarista y para que mis amables lectores se compenetren de la inicua labor que se desarrollara en la época de la dictadura, citaré algunos cargos concretos contra la administración de General Díaz.

Habiendo el gobierno de Porfirio Díaz vendido por una bicoca a Luis Huller, de origen alemán, y americano naturalizado... ¡La mitad de la Baja California! Huller traspasó su propiedad a una compañía explotadora americana.

El Gobierno de Porfirio Díaz fue acusado de haber introducido en la ley minera una cláusula por virtud de la cual el propietario de la tierra lo sería también de los depósitos de carbón que en ella hubiera. ¿Con qué objeto esta modificación? Con el objeto de que los concesionarios de terrenos baldíos en el Estado de Coahuila, que los habían adquirido por una insignificante suma en la región de Sabinas (carbonífera por excelencia), pudiesen traspasarlos al multimillonario americano Huntington, realizando así una enorme ganancia.

El Gobierno de Porfirio Díaz vendió por una bicoca a dos favoritos suyos tres millones de hectáreas de excelentes tierras en Chihuahua, a fin de que pudiesen traspasarlas al millonario Hearst, el hombre que ha conspirado siempre contra la integridad del territorio mexicano excitando al gobierno de Estados Unidos a intervenir en México por medio de las armas.

El Gobierno de Porfirio Díaz hizo concesiones de petróleo a diversas compañías extranjeras, especialmente americanas, en condiciones tales que dichas compañías quedaron exentas de pagar derechos de explotación de petróleo crudo o refinados, de manera que se privó al pueblo mexicano de los muy legítimos beneficios que pudo haber obtenido de esa riqueza. El pueblo mexicano miraba con tan profundo disgusto las concesiones inconsultas otorgadas por el Gobierno de Porfirio Díaz a la empresas americanas, que recibió con aplauso la escandalosa concesión petrolera otorgada a lord Cowdray, un inglés; sin embargo no tardó en saberse que Cowdray estaba íntimamente ligado en ese negocio con Henry Taft, hermano del Presidente de los Estados Unidos William Taft y con George W. Wickermans, abogado consultor del gabinete Taft. Entonces la prensa mexicana comenzó a agitarse denunciando el hecho.

El Gobierno del Porfirio Díaz permitió que los Guggenheim monopolizasen casi por completo la industria metalúrgica, de la cual depende la prosperidad minera del país. Los Guggenheim extendieron su dominio a las plantas de Monterrey, Aguascalientes, San Luis Potosí, Velardeña y Durango y ya trataban de hacer una nueva concesión en Pachuca y Real del Monte con lo que hubieran expulsado del campo de la competencia a muchas compañías que habían invertido grandes cantidades de dinero en empresas mineras.

El Gobierno de Porfirio Díaz hizo al Coronel Greene, un americano, enormes concesiones en la región minera de cobre del Estado de Sonora, y Greene estableció la famosa planta de Cananea, donde cuatro mil empleados eran tratados como esclavos, de modo que concluyeron por amotinarse. El resultado de esto fue que tropas americanas cruzaran la línea divisoria para proteger a los operarios americanos. Entonces la prensa nacional estigmatizó al Gobernador de Sonora, Izábal, llamándolo traidor a la Patria por no haber arrojado de la República, con las armas en la mano, a los intrusos insolentes.

El Gobierno de Porfirio Díaz permitió que el embajador americano, David Thompson, entrase al campo de los negocios de México, algo que no se hubiese tolerado en ningún otro país, y le hizo tales concesiones personales que Thompson pudo organizar The United States Banking Co y The Pan American Raillroad.

El Gobierno de Porfirio Díaz concedía al embajador de los Estados Unidos, Powell Clayton, que cada tarde se presentase en Palacio con una lista de recomendaciones de asuntos particulares americanos, a fin de que fuesen despachados de toda preferencia, ora en los centros administrativos, ora en los judiciales, en favor de los particulares americanos, aun cuando estas resoluciones constituyen las más escandalosas e irritantes de las injusticias al pueblo mexicano.

El Gobierno de Porfirio Díaz, por conducto del "científico" Joaquín Casasús, hizo concesiones tan escandalosas de tierras a los multimillonarios americanos John Rockefeller y Nelson Aldrich, que un

gran número de ¡mexicanos! del Estado de Durango se quedaron en la miseria.

El Gobierno de Porfirio Díaz, por conducto de su ministro de Hacienda, José Yves Limantour, hizo con míster Mayet Prevost, abogado de la compañía del Tlahualillo, un arreglo por virtud del cual quedaron arruinados muchos algodoneros mexicanos de una y otra orilla del río Nazas; hubo más, puesto que se otorgó a la misma compañía una indemnización de varios millones de pesos. El embajador americano Henry Lane Wilson fue el principal protector de la empresa de Tlahualillo y llegó a tal punto su insolencia, que hizo la declaración absurda de que si en una compañía por acciones al portador, establecida bajo las leyes mexicanas, un americano tenía siquiera una acción, en nombre de ella los Estados Unidos podían presentar una reclamación en forma al gobierno de México.

Cuando los algodoneros mexicanos arruinados supieron que lo habían sido por obra de los "científicos", con el fin de complacer al embajador americano Henry Lane Wilson, un odio intenso contra los extranjeros y los "científicos" se levantó en todo el país y al caer por primera vez la ciudad de Torreón fueron asesinados cerca de cuatrocientos extranjeros.

El Gobierno de Porfirio Díaz vendió a veintitrés favoritos suyos, por una suma insignificante, cincuenta millones de hectáreas de tierras maravillosamente fértiles. Estos concesionarios pasaron estas tierras a diversas compañías mexicanas, colaborando así a la conquista pacífica del yanqui.

El Gobierno de Porfirio Díaz despojó a la tribu yaqui, de Sonora, de sus magnificas tierras, para concederlas a burócratas ladrones que las remataron a empresas americanas.

Esta expoliación inicua trajo a México una guerra que duró veinte años; la indómita raza yaqui fue asesinada y deportada; y la campaña sirvió para la corrupción del ejército federal, pues constituyó un excelente medio de enriquecerse.

El Gobierno de Porfirio Díaz despojó a varios pueblos de México de sus magníficos bosques, a fin de favorecer a dos extranjeros: americano y un español, José Sánchez Ramos, propietarios de las fábricas de papel de San Rafael. Además se les concedió que fijasen ellos mismos las tarifas de importación y exportación, de manera que el monopolio quedó perfectamente asegurado.

El Gobierno de Porfirio Díaz por conducto de la Secretaría de Hacienda hizo esfuerzos incesantes por colocar la gerencia de las minas de Pachuca y Real del Monte así como la de Santa Gertrudis en manos de una compañía americana organizada en Houston, a la cual autorizó para despedir de sus puestos a los mexicanos que hubiesen alcanzado un sueldo crecido. Una ola de indignación se levantó en el mundo minero de México contra los "científicos" por haber consentido éstos, seducidos por las enormes ganancias, canalizando con rumbo al extranjero del suelo mexicano.

El Gobierno de Porfirio Díaz concedió un monopolio considerable a la casa americana constructora de muebles Mosler Dowen y Cook: ningún mueble de oficina pública podía adquirirse en otra parte.

El Gobierno de Porfirio Díaz prostituyó por completo el sistema judicial, pues estableció como ley que cuando un extranjero litigase con un mexicano, el juez pronunciarse siempre una sentencia favorable al extranjero si era americano; entonces el mexicano era quien pagaba.

El Gobierno de Porfirio Díaz se hizo culpable de servilismo y traición a la patria, alquilando la bahía Magdalena a los Estados Unidos.

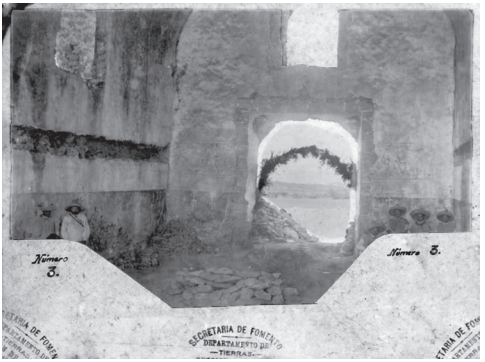
El Gobierno de Porfirio Díaz abandonó con negligencia culpable la prosecución del negocio del Chamizal, que habría puesto en manos de México la enorme y rica extensión donde se asienta la ciudad americana de El Paso robada por el yanqui.

El Gobierno de Porfirio Díaz, por mandato de Estado Unidos, promulgó una ley de inmigración en 1908, cuyo principal objeto fue

evitar que los chinos y los japoneses pudiesen penetrar a Estados Unidos cruzando la dilatada línea divisoria con México.

Estos son a grandes rasgos algunos de los innumerables abusos cometidos en México durante el gobierno de la dictadura; y mientras el Dictador y todos sus secuaces, los llamados gobernadores, robaban y escarnecían al pueblo destruyendo hasta sus patrios lares, mientras los extranjeros gozaban de toda clase de adulaciones y canonjías por parte del mal gobierno, mientras la jauría de perros que existía del "Zoquital" vivían una vida de príncipes tomando los alimentos y durmiendo como unos potentados, los hombres, mis hermanos, esos seres hechos a imagen y semejanza de Dios, morían de hambre y a palos, maldiciendo a sus verdugos; y mientras en las capitales se levantaban ricos palacios con todo el confort necesario y rodeados de esplendente lujo, nuestros hijos se morían de hambre dentro del cubil de una fiera en una árida montaña desde donde contemplaban la destrucción de su pueblo y la extinción de la raza, contemplando con el más grande dolor cómo eran destruidos, por la potente dinamita manejada por miserables sin conciencia, los recintos sagrados de sus templos, lugar este el más sagrado para el indio, lugar en el que, abandonando el espíritu encarnado su asquerosa envoltura, se tramonta a la mansión de la inmortalidad para pedirle al gran Espíritu que siempre adoraron sus mayores, que una vez que habían destruido lo único que por herencia les había quedado, y que era la Fe, les arrancara también la vida; porque la vida sin fe no es vida, la ciencia atea es mentira y no hay gozo sin dolor, pidiendo para sus verdugos la maldición de Dios. De ese Dios a quien crearnos le plugo y que juez justo, tarde o temprano, deja caer sobre el verdugo la sentencia de su mano.

Vista de las ruinas en que ha quedado convertida la iglesia de San Nicolás Ayotengo dentro de los terrenos que ha despojado la Hacienda Zoquital.



Interior de la iglesia de San Nicolás Ayotengo. Vista que muestra los restos humanos hallados bajo los escombros de la iglesia.

(Aquí en este lugar va el cliché de la iglesia de San Nicolás Ayotengo, volada con dinamita y con las osamentas de calaveras que se encontraron enterradas en su interior.

Iglesia del pueblo de San Nicolás Ayotengo, último edificio que quedaba del pueblo. Mandado echar abajo criminalmente con dinamita, por orden del llamado Gobernador Rafael Cravioto, con el fin de anexarse los terrenos del citado pueblo a su finca del fatídico "Zoquital".

Sobre la tumba de Ayotengo

Hidalguenses, unidos lleguemos
A los pies de la Patria, y cantemos
Un gran himno de paz y de unión;
Nos contemplan los héroes que un día
Palpitaron de amor y alegría
Al morir, por hacer la nación;
Que el amor al terruño, ese viento
Que a los pueblos agita violento
Y al más débil convierte en titán,
Ha soplado y ha roto en girones
El pendón de las separaciones,
¡Débil tela para un huracán!
¡Pueblo heroico! ¡Que viva Ayotengo!
Canta un himno al hundir, tu abolengo,
En la tierra el pesado azadón,
Cada espiga lozana que brota
Es de su himno triunfal una nota
Que te ofrenda como oración.
¡Pueblo, aspira!: te llega un perfume,
Un aroma que encarna y resume
Entusiasmo y aliento y salud;
Vale más que diamantes muy finos
¡Es el canto de los campesinos,
Es el canto de la juventud!
Mira al indio que espera paciente
Que le llegue la flama potente
Del saber, que será redención;
Mira al indio, también he sentido
Por tu amor; ¡oh mi pueblo! un latido
Que el fondo de su corazón
Como una ola llega hasta tus labios.

Y olvidando los torpes agravios
De un desdén insensato y fatal,
Da a los vientos su noble canto
Que en la hacienda enemiga es espanto
Y es terror del ¡Zoquital...!
Oye el grito de toda una raza;
Oye el canto del pueblo que pasa;
¡Xathé! escucha el potente rumor:
Que no corra más sangre de hermanos, que en un haz,
Que en un haz, corazones y manos
Por tu gloria, y progreso y vigor,
Veas unidas por un fin, Patria bella!
Que en tu cielo se encienda la estrella
Y cintile, por darte fulgor,
Y por ti rujan los huracanes,
Cante el ave, y los blancos volcanes
Ardan, Patria, y humeen en tu honor.

Capítulo quinto. "El horizonte"

La tierra no se cansa de producir, ni nunca la gran familia humana podrá consumir todos los distintos productos que la tierra está dispuesta a dar. Nada más sabio que la naturaleza previsora: en ella vemos la rapidez y enormes tantos de producción y reproducción en los reinos vegetales y animales. En productos alimenticios y semillas la reproducción por cosecha es en relación de ciento por uno; en el reino animal, considerando únicamente aquellos animales que más sirven a la alimentación del hombre, teniendo en cuenta el número de hembras que pueden correr los machos, la reproducción por año para grandes se puede considerar en los tantos que siguen: bovino de treinta y cinco por ciento, bovino y cabrío cuarenta y cinco a cincuenta y cinco por ciento, doscientos a doscientos por ciento; en aves de corral en más de seiscientos por ciento.

Llegando yo a la conclusión que de esta potencia productora es de donde el hombre ha sacado sus riquezas y comodidades, y de donde las seguirá sacando sin temor de que la tierra agote sus productos, ni que jamás el hombre pueda llegar a consumir todo lo que por medio de un trabajo bien dirigido puede llegar a consumir, todo lo que por medio de un trabajo bien dirigido puede ayudar a reproducir innumerables riquezas.

Para fundar esto, basta considerar cuál es la bien limitada fuerza reproductora del hombre mismo; cuanta es la población actual de toda la República y cuán enorme es la extensión de tierras de las cuales podemos disponer, siendo estas tierras susceptibles de producir y que aún no sienten la mano del hombre.

He juzgado conveniente entrar en las apreciaciones generales que anteceden, para poder ocuparme muy particularmente al caso de lo que de cerca nos toca.

Bien puedo afirmar que ningún país de los que pueblan el mundo tiene mejores condiciones y elementos naturales que le favorecen para el desenvolvimiento de su riqueza, que lo que México tiene; puedo fundar mi juicio en la siguiente aseveración: ningún país hay más privilegiado que México, y muy pocos habrá que hayan sido más mal aprovechados por sus nacionales en su riqueza; pero las circunstancias han cambiado ya; México hoy se levanta pues tiene un gobierno que se preocupa por la vida de su pueblo, los gobiernos demócratas y honrados vigilan y dan garantía a todas las clases sociales, demandándoles únicamente honradez y equidad para con todos. Por eso repito, todos debemos de fijar nuestras miras en los campos. Los unos para aumentar de un modo honrado sus riquezas, los otros para dar base a las innúmeras pequeñas fortunas que al amparo de nuestra revolución legalista nacen para convertirse en las grandes fortunas del mañana, viniendo a ser la base inconmovible en que se apoye el proceso y prestigio de nuestra patria.

La riqueza de nuestro suelo, la fertilidad de sus tierras, la benignidad de su clima y los gobiernos autócratas, han sido los principales enemigos que hemos tenido para nuestro progreso; lo primero, porque debido a la facilidad de producción, esta se ha dejado venir por los medios rudimentarios que han seguido nuestros apáticos cultivadores, de cuyo vicio los directamente culpables han sido: el clero absorbente, el capitalismo y los gobiernos autócratas, quienes al sumir en la miseria a nuestro bajo pueblo determinaron el miserable salario que se pagó a los peones del campo, lo que permitió a los hacendados hacer todas las labores a fuerza de brazos, en lugar de emplear maquinaria y utensilios que la moderna agricultura aconseja para multiplicar los productos de la tierra y mejorar la situación del trabajador, sacándolo de la categoría de bestia.

Bajo tan tristes auspicios, nuestra producción tuvo que resentirse, y de haber continuando por una generación más en el medio que nos colocó el gobierno porfiriano, la nación mexicana habría llegado al precipicio, del que nos vino a apartar la Revolución de 1910, cuyos frutos hoy empezamos a sentir al estar haciendo de este pueblo, que fue servil, un pueblo libre, protegido en su trabajo.

Aquella miseria que el pueblo experimentó no solamente determinó el miserable salario para el peón de los campos, sino que con el monopolio de las tierras y las concesiones a extranjeros para la explotación de nuestras industrias llamadas nacionales, los peones desertaron de los campos para venir, faltos de educación y por consiguiente de aspiraciones más allá que la de satisfacer su hambre, a encontrar alguna mejoría en los también miserables salarios que pagaban las empresas constructivas, extractivas y fabriles.

Un pueblo miserable nunca progresa.

Esto no lo comprenden o no quieren comprenderlo los hombres ruines que van tras de su medro personal; el bienestar de un pueblo no se apoya en el bienestar de un corto número de privilegiados sino en el bienestar del mayor número. Nuestro bajo pueblo es en mayor número, pues consta de cerca de catorce millones de habitantes; hoy el indio y el criollo artesano o trabajador, con muy ligeras excepciones, tiene más en proporción que los hombres de la clase media.

La clase media que son quizá millón y medio de seres sufre en un tanto. En ella se fija nuestro gobierno, y sabrá aliviar su situación; el resto que es mucho menor número, los privilegiados, por la suerte y por las concesiones, de esos hay tanto por ciento muy pequeño que haya labrado su fortuna de un modo honrado; la mayoría de estos labraron sus fortunas a costa de la miseria y sufrimientos de las dos clases anteriores; estos privilegiados, honrados y no honrados, sufren y gritan contra la Revolución que protege al mayor número que es el pueblo bajo y clase media; todos ellos se creen justos e inmaculados, y que no merecen lo que les pasa, pero se olvidan los "machos" especialmente, los mismos frailes, que un

ser verdaderamente justo, Jesucristo, sufrió y murió por redimir a los pueblos, así, justo es nuestro caso, que hoy algunos sufran en bien del mayor número a cuyas expensas y a costa de los sufrimientos que les causaron, labraron sus fortunas.

Entre los privilegiados, cuántos hay que siendo pícaros, hoy no sólo no sufren, sino que tras de la careta que se han puesto, se han colocado entre los hombres sanos para seguir medrando; estas son las anclas que hay en la noble causa legalista; mas eso no importa: en su tiempo veremos que nadie queda sin recibir el condigno castigo, ningún crimen queda impune, y menos aún crímenes de lesa patria que se cometen contra la vida de los pueblos.

Si el capitalista no honrado tiene que esperar su turno en la expiación, el verdaderamente honrado, aunque por alguna circunstancia sufra, tiene que esperar la reivindicación, pues nuestro gobierno no va tras los intereses del que honrado se ha creado; su tendencia es que todo el pueblo honrado goce de sus derechos de hombre, que todos sintamos el bienestar que nos corresponde, en esto están las garantías para todos.

¿Queremos todos disfrutar pronto de bienestar? Allí están los campos que nos lo proporcionan.

El hacendado puede seguir lucrando; siempre que lo haga de un modo honrado y no tan sólo se enriquecerá él sino que labrará fortunas ayudando a la patria.

El pobre que cultive los campos en el tanto que pueda, pues hoy puede tener tierras que labrar con las que se restituyan o presten; con eso no dará sus esfuerzos por un miserable jornal.

A los frailes no los olvidemos; si éstos, como dicen, son (¡oh sacrilegio!) representantes de Cristo, ejerciten las prácticas de aquel ser sobrenatural, no se metan en política, que ayuden a instruir al pueblo en sus deberes de patriota, que las grandes figuras de Hidalgo y de Morelos les sirvan de modelo; con esto cumplirán no como representantes de Cristo, pues no pueden serlo, sino como hombres que deben cumplir con sus deberes en sociedad.

El gobierno nos da garantías, los campos nos brindan con sus riquezas, fijemos nuestras miras en los campos, si somos patriotas, para dar vida, prestigio y fuerza a nuestra nación, herencia que tenemos que dejar libre para nuestros hijos y honrados ciudadanos, y que una vez despejados de la idolatría y el oscurantismo en que representantes en el gobierno, sepan formar para sus hijos un hogar confortable con todas las comodidades posibles, para que en los ratos de descanso, en lugar de ir a las asquerosas, nauseabundas tabernas, a esos antros de la prostitución y del vicio en donde se pierde la dignidad y el decoro, se ocupen de inculcar en el corazón de sus hijos desde su más temprana edad lo primero que debemos saber todos en lo general: amar a ese gran Espíritu Divino que nosotros llamamos Dios; pero amarle con un amor sincero, no por temor al castigo, no por temor al infierno, que no existe, sino amarle y bendecirle constantemente por los innumerables beneficios por Él recibidos; el grado de ilustración a que hemos llegado nos aconseja que antes de todo elevemos nuestro espíritu hacia el Creador para darle las gracias por los beneficios, y para que nos siga dispensando su divina protección y ayuda.

Recuerdo yo que mi madre, al recogerme en su amoroso regazo, susurraba en mi oído estas o parecidas palabras que conservo como un tesoro en el fondo de mi corazón:

Ama constante al Hacedor inmenso
y dobla en su presencia la rodilla,
sírvele fiel, con voluntad sencilla
y en el altar le ofrecerás incienso.
No adores a los dioses impotentes
Que la mano labró del estatuario;
Porque el sagrado olor del incensario
Me lo deben a mí todas las gentes.
No jures por Jehová, ni por sus leyes,

Ni por la tierra o por la mar undosa
Y en dulce calma el sábado reposa
Con tus hijos, tus criados y tus bueyes.

Capítulo sexto. "Los verdaderos hijos del pueblo"

Centurias en que la clasificación social y política de los individuos correspondía a necesidades o prejuicios desaparecidos ya, al influjo de las ideas modernas, hay uno persistentemente arraigado y del que conviene depurar nuestro lenguaje, no ciertamente por banales escrúpulos literarios, sino porque su perpetuación trasciende a la vida de los hechos y nos lleva a revivir añejas distinciones, incompatibles con las exigencias de una organización verdaderamente democrática.

Cuando se habla de "pueblo soberano", "los derechos del pueblo", de los hijos del pueblo, parece que entendemos y damos a entender que se trata únicamente de las clases humildes de la sociedad, del jornalero, del sirviente doméstico, del artesano. Cuando en biografías o panegíricos queremos enaltecer los méritos de algún prohombre surgido de los gremios inferiores, nos creemos obligados a marcar con un sello especial esa distinción, no sólo a efecto de loar el indiscutible merecimiento de quien ha llegado a la meta a pesar de venir desde muy lejos, de quien inició en la playa del mar su ascensión para escalar la cumbre, de quien ha tenido que recorrer senderos más ásperos para alcanzar la excelsitud, sino movidos por un inconsciente afán de transmutar los valores morales, estableciendo algo así como una aristocracia al revés, como una aristocracia plebeya, cuya única originalidad consistiría en que los de abajo hubieran de sustituir a los de "arriba".

Si hemos de desechar en principio toda idea de jerarquías excluyentes, si hemos de sentirnos todos iguales ante la majestad de la ley,

si estamos dispuestos a no reconocer en el ciudadano más títulos que los de la virtud personal traducida en hechos positivos, olvidemos todas esas diferenciaciones que se fundan en el origen o en el nacimiento, porque todas ellas son igualmente violatorias del concepto real de la democracia.

Luchemos en buena hora contra toda tendencia aristocrática, restablezcamos el debido nivel entre todos los hombres abatiendo el insensato orgullo de los que fundan su superioridad en el hecho casual de haberse mecido en cunas de oro, pero no nos dejemos arrastrar por un impulso análogo, pretendiendo que valemos más por el solo hecho de haber valido menos. Haber nacido en opulencia o haber nacido en la miseria, datos son que pertenecen al pasado de cada uno, pero que en nada atenúan nuestros vicios, si con ellos estorbamos el desenvolvimiento social, ni en ningún grado aumentan nuestras virtudes cuando con ellas contribuimos a la felicidad de la patria.

Si por "pueblo" debemos entender la colectiva para cuyo beneficio se hacen las leyes, para cuyo bienestar se hacen las instituciones, para cuyo engrandecimiento se derramó la sangre de los héroes y por cuya prosperidad se desvelan los verdaderos patriotas, no restrinjamos la significación del vocablo, no excluyamos de su connotación a ningún miembro útil a la sociedad.

Hijos del pueblo somos todos. Lo mismo los que nacimos en la estrechez de la choza campesina que aquellos cuya infancia se desarrolló en la amplitud de la casa solariega; tanto los que en la lucha por el pan hemos tenido que encallecernos las manos, respirar la asfixiante atmósfera de las minas o ensordecernos en el estruendo de las fábricas, como los que para satisfacer igual fin despliegan su actividad creadora en la placidez de la biblioteca o difunden la luz de sus cerebros desde la serenidad de la cátedra o desde la nerviosa exaltación de la tribuna. Todos somos hijos del pueblo y de la efectividad de esa filiación colectiva depende nuestra verdadera grandeza.

En medio de estas argumentaciones y con la filosofía de que se encontraba impregnado mí espíritu sencillo y sin doblez, de campe-

sino nacido bajo el ambiente purísimo de la libertad; y no conforme con tanta inequidad de la justicia humana, abandonando mi casa y mis terrenos en manos de los vampiros terratenientes, que sin piedad me los arrebataron, abandonando todo escrúpulo y con el pleno convencimiento de que el enemigo que yo tenía que combatir era un enemigo formidable, me lancé a la lucha, lucha titánica desesperada, sin elementos, sin ilustración y sin medir el peligro, me planté resuelto a todo en medio del férreo círculo de los conculcadores de la ley, de los enemigos del pueblo.

Al primer intento que hice, quedé abatido y maltrecho, con la desilusión de mi empresa y con la desesperación en el alma; era de esperarse.

La soberbia y el oro de los terratenientes, acostumbrados a que sus arbitrariedades pasasen por encima de todos los obstáculos y de todos los derechos, se irguieron contra las leyes que les exigían la devolución de las tierras que habían acaparado, usurpándolas a sus poseedores legítimos desde el periodo colonial.

Como sus raptaciones ejecutábanlas sin responsabilidad alguna, ya que los gobiernos las autorizaban y las autoridades judiciales las sancionaban, aún no pueden admitir que sus intangibles privilegios puedan ser sometidos a revisión y cancelados para siempre, en virtud de su monstruosa inequidad. De allí que empleen resistencias inauditas para que las nuevas leyes queden sin aplicación, como si las autoridades encargadas de ejecutarlas pudiesen, como las de otras épocas, entrar en complicidades para defraudarlas. Como parte de mis observaciones citaré dos casos del Estado de Hidalgo, y como estos está invadida casi toda la república.

Signo de esta oposición que seguramente irá marcándose en toda la República, lo han mostrado últimamente dos ricos hacendados de este Estado, cuyos nombres tienen ya triste celebridad por estas regiones, puesto que recuerdan las mas odiosas vejaciones en las poblaciones rurales, en los poseedores de vastos predios; uno de la Hacienda del "Zoquital" y el otro de la de San Juan Hueyapan, cuya

superficie se ha dilatado invadiendo terrenos adyacentes de propiedad comunal. Los indígenas, dueños de esos fragmentos de terreno incorporados por la violencia, amparados por sus títulos bien reconocidos, al presentarse ante sus trabajadores para reclamar la restitución de lo que les pertenece, han sido aprehendidos, perseguidos y molestados por aquellos señores de horca y cuchillo que creen disfrutar todavía de "jurisdicción" sobre los súbditos de la gleba y disponer de sus mesnadas para oprimirlos y explotarlos.

Los agraviados, que sabemos muy bien que no estamos desamparados, hemos elevado nuestra demanda al actual Presidente de la República C. Álvaro Obregón y seguros estamos de que éste nos dará amplia satisfacción. Además de la violación a las garantías individuales de que hemos sido víctimas, al ser aprehendidos por un grupo de hombres sin función pública alguna para hacerlo, el atentado tiene un aspecto más punible, cual es el de nulificar la redención del proletariado agrario, clave de la reconstrucción nacional.

Yo creo, y con fundamento, que todos los representantes de la tiranía rural serán severamente castigados, para escarmiento de quienes se sientan tentados a imitar su reprobable conducta.

Lo dicho: el régimen de propiedad privada hay que arrancarlo de cuajo. Mientras eso no se haga, serán de balde todas las doctrinas, todos los sistemas que pueda la humanidad ensayar para mejorar esa triste situación, serán estériles como los esfuerzos por evitar que el sol esplenda en el firmamento. Hay que acabar con el régimen de propiedad privada, porque mientras subsista, no tendrán fin las calamidades que azotan al mundo. Hambres, pestes, guerras, catástrofes se deben exclusiva y únicamente a los instintos adquisitivo y posesivo que gobiernan todos los actos del hombre. Me encuentro aterrorizado ante los innumerables daños que causa el régimen de la propiedad privada, y cuando sumido en las oscuras mazmorras de la inquisitorial cárcel de Atotonilco el Grande, mi espíritu se tramontaba hasta el solio presidencial y mi cerebro trabajaba sin descanso buscando la manera de conjurarlos. Y esa por mil veces injusta prisión en estos

oscuros calabozos, me despejó la incógnita y la luz se hizo en mi cerebro iluminando como esplendente aurora boreal que resplandece e ilumina con misteriosa diafanía, las sinuosidades y congeladas diafanías del...

El problema estaba resuelto, socializar los recursos naturales, los instrumentos de trabajo y socializar también los elementos de producción. De tal suerte desaparecerá el acaparamiento originado por la actual forma de propiedad privada. Ya no será una pequeña parte del conglomerado social la que trabajará y dejará de considerarse que de cada cien habitantes solo nueve trabajan, y aquellos noventa y uno ya no consumirán lo que exclusivamente corresponde a los nueve. Dentro del régimen del robo y del despojo, el hombre encadenado por la miseria no goza de la libertad espiritual que le permitiría desplegar todos sus atributos de ingenio y de inventiva ni satisfacer su instinto creativo ni sus tendencias artísticas. Cuando el hombre goce de la libertad espiritual su trabajo será más perfecto y más copioso. Lo ejecutará satisfaciendo sus naturales inclinaciones.

Cuántos sabios, artistas, organizadores e inventores estarán desempeñando en estos momentos, y por causa de los malos gobiernos, el oficio de peones y ganando cuarenta centavos diarios.

Los ricos hacendados, al enterarse de lo anteriormente dicho, gritarán que estoy loco y conmigo todos los adeptos a la socialización; dirán que lo queremos trastornar todo, y traer sobre el estado de la anarquía y la destrucción. Pero les aseguramos con todo aplomo que son ellos mismos los propietarios y, no contentos con ello los anarquistas, habrá que encerrarlos en un manicomio por el daño que están causando a la humanidad y no podrán de ninguna manera los derechos individuales, sino a condición de que se satisfagan primero los derechos sociales.

Y el que no esté conforme con estas doctrinas, que lie sus bártulos, que se vaya a vivir a una isla desierta, porque ya el nuevo día despunta. Y las sociedades bien organizadas no permitirán ya que existan en su seno individuos que en nombre de sus llamados dere-

chos individuales pretendan seguir viviendo del trabajo de los demás y gozando de privilegios ofensivos y perjudiciales para la sociedad.

Me preguntaréis: cómo se iniciará la realización de estas doctrinas. Muy sencillamente. En primer lugar por la dedicación de todos los esfuerzos de la voluntad colectiva hacia el mejoramiento de todos los órdenes del factor hombre, es decir, de los recursos humanos. En segundo lugar por una serie sucesiva de experimentos de propiedad y administración cooperativas, para que lenta pero seguramente el pueblo vaya adquiriendo el hábito, la costumbre y la capacidad de manejar por sí mismo la riqueza pública. Y entonces comenzará la era bienvenida.

Solo que la transformación no será lo rápido que fuera de desearse. El cambio será lento, no cabe duda, pero de resultados seguros y perdurables.

Si bien es cierto que el alma de una raza cambia muy lentamente, tan lentamente que bajo el imperio de una enérgica nación modificante del medio tardará mucho tiempo en sufrir modificaciones, pero esas modificaciones en la actualidad ya se van haciendo muy sensibles. El hombre, al satisfacer los instintos de conservación y de perfeccionamiento, ha hecho de la posesión algo inherente a su propia naturaleza, y no se puede cambiar de improviso su manera de ser.

Para lograr este fin tendrán que agruparse todas las ciencias sociales tributarias del capitalismo. Todos y sin distinción de cualquier nacionalidad o grado de cultura... Todos cerca, bajo el mismo manto protector.

Índice

Mensaje del gobernador . . . . . *vii*
Nota introductoria . . . . . *xi*

Memorias íntimas de un líder agrarista

Prólogo 3
Capítulo primero. Alborada 7
Capítulo segundo. El Zoquital 17
Capítulo tercero. El hampa y el vicio 31
Capítulo cuarto. ¡Abajo la tiranía!
¡La ley gobernará al pueblo! 45
Capítulo quinto. "El horizonte" 57
Capítulo sexto. "Los verdaderos hijos del pueblo" 63

esta obra se terminó de imprimir en enero de 2011
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, Col. Granjas esmeralda,
C.P. 09810, México, D.F.
Tiraje: 5 000 ejemplares